5 ABR. 1935

REVISTA DE ESTVDIOS HISPANICOS

MADRID 3 MARZO 1935

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

ESTUDIOS HISPANICOS ha publicado en números anteriores los trabajos siguientes

POLITICA Y TEOLOGIA, por el Marqués de Lozoya.

LA LEYENDA NEGRA, por Roberto Levillier.

COLEGIOS UNIVERSITARIOS, por Miguel Herrero-García.

MENENDEZ Y PELAYO, APOSTOL DE ESPAÑA, por Blanca de los Ríos.

EL HECHO HISTORICO VASCO EN LA UNIDAD IMPERIAL DE ESPAÑA, por Juan Pablo Lojendio.

LA MEDICINA Y FARMACIA EN GUADALUPE, por Carlos Pereyra.

LA PRENSA CATOLICA EN INGLATERRA, por Michael de la Bedoyere.

EL MOVIMIENTO LITERARIO EN PORTUGAL, por Gustavo Freitas.

CULTURA Y POLITICA EN ALEMANIA, por José Lemán.

LA EDUCACION FEMENINA EN ESTADOS UNIDOS, por Margarita de Mayo Izarra.

MAS NUMEROSOS TRABAJOS DE LA REDACCIÓN

Biblioteca Nacional de España

Artículos que aparecerán próximamente en ESTUDIOS HISPANICOS

EPISTOLARIO DE HUGO SCHUCHARDT Y MENENDEZ PELAYO

por JULIO DE URQUIJO, de la Academia Española.

LA FILOSOFIA DEL ESTATISMO

POR JOSE MARIA GIL ROBLES

LA ESPAÑA CRISTIANA Y LA CRISTIANDAD OCCIDENTAL EN LOS PRIMEROS TIEMPOS DE LA RECONQUISTA

por JUSTO PEREZ DE URBEL.

LA ECONOMIA ACTUAL DE LOS ESTADOS UNIDOS

por HERBERT GREGORY THOMAS, colaborador norteamericano.

APUNTES PARA LA BIOGRAFIA DEL COSMOGRAFO PEDRO DE MEDINA

por LUIS TORO BUIZA.

EN TORNO A SAN AGUSTIN

por el MAGISTRAL DE BURGOS.

EL VIVIR BOHEMIO DE LOS POETAS DE LA ESPAÑA MUSULMANA

por RAFAEL ALCOCER.

EL OCASIONALISMO DE MALEBRANCH

por JOSÉ LUIS IZQUIERDO.

Biblioteca Nacional de España

¿Qué es Filosofía?

He aquí una pregunta que dejará en suspenso a muchos. Aun los tenidos por ilustrados se verían en aprietos para responder a ella con adecuación mediana. Tal es el abandono en que se han los estudios de esta clase entre nosotros, que hasta la idea de lo que significan y abarcan se ha oscurecido o esfumado. Sólo la preocupación de lo objetivo parece presidir, desde ha lustros, el desarrollo de nuestro pensamiento. Y hoy no se da otro afán en los dominios de la producción literaria que el de eligir o colocar con acierto en la frase un adjetivo. ¡Puro afán de pasamanería retórica!...

Los escasos cultivadores, por otra parte, de la filosofía existentes entre nosotros, adaptándose en forma servil a las tendencias y el gusto que prevalecen fuera, se han dado tan buena maña en desdibujar los límites del contenido de aquélla y en entenebrecer con formas expresivas enigmáticas las nociones fundamentales de la misma, que profanos y profesionales se preguntan si tiene o no razón el vulgo al creer que la filosofía es una alquimia mental, reservada al uso y a la explotación de algunos magos misteriosos y excéntricos, o simple discursear verbalista de chiflados y ociosos. Son, desde luego, reducidos en número los que con aire mefistofélico no sonríen al oír en boca de alguien la conocida frase de Platón de que las cosas no irán nunca bien «mientras los filósofos no gobiernen o los gobernantes no filosofen».

Biblioteca Nacional de España

De pocas cosas, no obstante, nos sentiremos más desprovistos y necesitados que de claridad de ideas filosóficas o de estudio intenso y rectamente ordenado de la filosofía. Se habla mucho de que para nosotros no hay en el momento que corre otro dilema vital que el de renovarse o morir. Pero toda renovación salvadora supone una remoción precedente de las bases del pensamiento y de la vida, un renacimiento del espíritu. Pretender llevarla a término sin sujetar a norma definida e inconmovible la inteligencia especulativa y práctica, es querer reconstruir o remozar un edificio vetusto y ruinoso dándole una capa de barniz.

Pascal dijo, con su profundidad clásica, que «el hombre está visiblemente conformado para pensar». Así como el hambre y la sed nos impelen a buscar, por la nutrición, el desarrollo y el complemento de nuestro ser físico, el ansia de conocer nos estimula a conseguir, por la conquista y asimilación de la verdad, el perfeccionamiento adecuado de nuestro ser suprasensible. No tiene razón alguna Ortega y Gasset cuando, tendiendo a cimentar de algún modo su pseudo-principio de la primacía de la vida, dice que el calificado usual y taxonómico de *homo sapiens* carece de todo fundamento real y lógico. Cierto que vivir es antes que pensar, como, en idéntico sentido, comer es antes que vivir. Pero sin vivir no se come y sin filosofar no se vive. El mamoncete, el alienado y el dormido no viven de verdad, sino que vegetan. Toda su vida es, en el fondo y en última instancia, pensamiento y está gobernada o regida por el pensamiento, inmanente e inánime o exteriorizado y libre. Ahondando el análisis se podría decir, con exactitud absoluta y repitiendo la aserción jugosa y bella de Ravaisson, que el mundo todo «es pensamiento que no se piensa, dependiente o prendido de un pensamiento que se piensa».

Con ser ley reguladora de nuestro espíritu el conocer, nos encontramos en el mundo como un semiciego en jardín rebosante de flores. Las cosas se nos huyen o escapan en su consti-

Biblioteca Nacional de España

tución interna y en sus relaciones numerosas y mutuas. Nuestro discurrir entre ellas se parece mucho a un vagar por entre sombras y enigmas. Cuanto más nos esforcemos por desvelar el misterio que las envuelve, tanto más se nos abren en lontananzas indefinidas y tenebrosas. Sabemos, sin embargo, que las conocemos, si no en su estructura y conexiones íntimas, en sus formas y dependencias recíprocas principales, puesto que las distinguimos y clasificamos. Percatarnos de cuáles son el metal y las piezas de que se compone un reloj, el engranaje mecánico que lo mueve, la fábrica y el fabricante que lo han construído y el servicio que nos puede prestar, ¿no es conocer en la medida y hasta el punto que a nuestra inteligencia le cumple? La iluminación, parcial a lo menos, del misterio del mundo está contenida en la respuesta.

Ese conocimiento de las cosas por sus razones o causas, tiene o adopta grados diversos. Primeramente surge en nosotros al influjo de la experiencia propia y ajena o al del ejercicio espontáneo de nuestras facultades cognoscitivas, estimuladas y fecundadas por la vida social. Los fenómenos de la Naturaleza se nos ofrecen a la percepción dotados de signos diferentes y sucediéndose en continuidad imperturbable o truncada. Los calificamos por las impresiones que en nosotros provocan y los ponemos en orden con arreglo al enlace en que se producen. Junto con los principios de evidencia sensible que así adquirimos y que el roce con nuestros semejantes nos transmite o nos ayuda a esclarecer y formular, nos enriquecemos con nociones individuales y concretas de las cosas. De unas y otros emergen, como las ramas de un árbol, todas las artes: mecánicas, estéticas, sociales y políticas, administrativas y literarias. Forma espontánea del pensamiento y del proceder humanos, el conocimiento de que se trata es el puramente empírico y tiene por fórmula correspondiente el axioma regulador de la noética vitalista hoy en boga: *intelligentia, ancilla vitae.*

Sobre él y tomándole por base se forja otro mucho más

BIBLIOTECA NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

perfecto. No nos basta con saber el cómo y el porqué ocasional o fortuito de los fenómenos. Analizándolos en su individualidad física e inquiriendo y logrando la explicación de ellos por razones individuales o aisladas, no damos sino con verdades contingentes, que sólo tienen valor en espacio y tiempo determinados. Es preciso rebasar estos límites, porque nuestra inteligencia aspira a poseer la verdad independiente de circunstancias temporales y espaciales. Lo consigue por la abstracción, que es superación y depure de las impresiones sensibles. Observa, por ejemplo, que si un cuerpo, en estado sólido, es caldeado, se dilata, y si es lanzado al aire, cae a tierra con más o menos velocidad. Luego *todos* los sólidos, infiere, se dilatan por el calórico y caen a tierra con rapidez variable, si algo no se interpone o se lo impide. La constancia con que obran en condiciones dadas, pone al descubierto el impulso o la determinación, en ellos natural, de obrar así. A la regularidad de hecho en los fenómenos sucede la regularidad de derecho, la *ley* o el *determinismo* de las energías naturales. Conocerlos por éste, que es su causa real y moldeadora, es conocerlos de modo general, racional o científico. El descubrimiento y la formulación de leyes para cada serie de fenómenos, hecha a base de los correspondientes determinismos, dan origen a las múltiples ciencias de la realidad fenoménica.

Pero aún no se aquieta nuestra razón por la conquista. Tras de haberse explicado los fenómenos por sus causas inmediatas o leyes, se pregunta, inquisidora, si, bajo los fenómenos y la naturaleza física que encubren, no se da una realidad más profunda, que sea fuente radical de ellos y de las leyes que los rigen, y si, como los fenómenos se reducen por leyes a unidad, no se funden también éstas, por subordinación obligada, en un principio regulador supremo, del que leyes y fenómenos sean simple determinación y signo. Ese esfuerzo de penetración analizadora y comprensiva de la realidad yacente bajo la fenoménica, y reductora de la pluralidad a la unidad, se llama y es conocimiento filosófico. Carece de condicionali-

Biblioteca Nacional de España

dad o contingencia, porque parte de lo percibido por la razón como constituyente eterno y universal de las cosas, y en ello se consuma. De ahí que se le diga explicación de éstas por sus causas últimas o principios.

Las tres clases de conocimiento son como etapas diversas en el desarrollo intelectual del hombre aislado y colectivo. En los primeros períodos de su vida, aquél no posee sino principios claros o informes, pero mal interpretados con frecuencia, y nociones rudimentarias y confusas. El progreso del análisis reflexivo en él, es lo que le eleva poco a poco de las percepciones sensibles y las síntesis de yuxtaposición a las concepciones científicas y racionales. Y lo propio ocurre en la historia del pensamiento, que es la de las sociedades. A la época de la interpretación del mundo y del hombre, basada en tradiciones, creencias o mitos y en observaciones presurosas y mal utilizadas por el raciocinio, sigue la de la inducción científica, que estudia la realidad genéticamente y apoyándose en hechos bien definidos y ordenados, y a ella, la de la inducción filosófica o racional, que fragua las grandes síntesis, tratando de reducir a la unidad de ley o principio la multiplicidad de los agentes físicos y espirituales. Adviértase que en Grecia y en el mundo moderno la constitución y la diferenciación recíproca de las ciencias, y más aún la de éstas y la filosofía, aparecen sólo cuando la especulación entra en período de madurez.

No es rara, con todo, la confusión entre el conocimiento científico y el filosófico a lo largo de su mutuo o común desenvolvimiento. Se dió en la antigüedad y en la Edad media, como efecto del carácter distintivo que entonces se otorgó a la filosofía, teniéndola por generalización suprema del saber. Se ha dado en la época moderna, y hasta cierto punto en la renacentista, invirtiendo la tendencia o asignando al conocer científico la representación más elevada de nuestro esfuerzo mental por descubrir el secreto de las cosas. Todavía se perciben resabios del presuntuoso *cientificismo* nonocentista, en el empeño, mostrado por algunos cultivadores actuales de la investigación filosófica, de dar forma científica a ésta.

Biblioteca Nacional de España

El concepto más embrionario de lo que ciencia y filosofía son, basta para advertir la excentricidad de ambas. Cualquiera que sea la clasificación general de ciencias que se admita, a dos tipos fundamentales se reducen en último término: el inductivo y el deductivo. Al primero pertenecen las ciencias de observación y demostración empíricas, que, procediendo de lo observable a lo inobservable, nos dan a conocer las cosas, no por sus razones de ser o causas directas, sino por los efectos sensibles que éstas producen. En el segundo se insertan las de la especulación, las matemáticas y la filosofía, que, partiendo de lo observable para llegar a lo perceptible sólo por la inteligencia, nos explican las cosas por sus elementos intrínsecos, por sus necesidades o determinismos inmanentes, y nos hacen conocer los efectos por sus principios o razones de ser. La reducción de unas a otras o de la ciencia a la filosofía, es, pues, imposible. Tampoco cabe confundir a las matemáticas con la filosofía. Mientras las primeras se ocupan sólo de la cuantidad y de las relaciones esenciales que se dan entre las entidades cuantitativas que por abstracción se desprenden de lo real, la segunda investiga lo cuantitativo y lo cualitativo en sus esencias, tales como por los accidentes propios se nos descubren y las relaciones múltiples e intrínsecas que de esas esencias se derivan.

San Agustín circunscribió perfectamente el dominio propio de la filosofía, diciendo que es el estudio del alma y de Dios, y nada más que eso. Conocimiento y realidad no están, en efecto, constituídos sino por dos elementos irreductibles: cognoscente y conocido o inmanencia y trascendencia. Pero el cognoscente o sujeto que piensa, no es, en su constitución y finalidad, objeto exclusivo de ninguna ciencia fuera de la filosofía, ni se le puede estudiar por otro método que el peculiarmente filosófico de la instrospicción u observación reflexiva. Por otra parte, lo conocido o trascendente al sujeto que conoce, se resuelve, a fin de cuentas, en lo absoluto, en la unidad original o primaria de la que la variedad derivada proce-

Biblioteca Nacional de España

de y por la que se explica, y lo absoluto tampoco pertenece, como materia investigable, más que a la filosofía, ni puede ser investigado sino por el método eminentemente filosófico de la inducción trascendental, que es también introspicción. Metafíca y psicología, pues, o estudio del ser y del valor, exponentes supremos de las cosas, he aquí lo que es la filosofía. Así se la ha definido tradicionalmente: conocimiento científico de las cosas por sus primeras causas o principios.

En la definición está ya implícito el por qué es erróneo o expuesto a error, por lo menos, hablar de filosofía *católica* o de *una* filosofía católica. Estrictamente hablando, no hay, ni puede haber, filosofía católica, como tampoco hay, ni puede haber, física judaica, química búdica o matemáticas protestantes. Los que de filosofía católica hablan, podían reparar en que, la adjetivada de ordinario así, procede, en gran parte de su contenido y contextura formal, de Platón y Aristóteles, dos genios *paganos*. Husserl, hablando en sus *Investigaciones lógicas* de los tres encadenamientos que en el campo del saber se dan, mezclados sin confundirse: el de las cosas percibidas por el espíritu, el de los actos del sujeto que percibe y el de las ideas formadas o el lógico, dice que éste es «la conexión de principios teoréticos que forja la unidad de las verdades de una disciplina, una teoría, una prueba o una conclusión». La filosofía no es, en efecto, considerada lógicamente, sino una conexión íntima de ideas o principios objetivos, que se adquieren por razón y a la razón se imponen con evidencia irrefragable. La fuente y el módulo únicos de la filosofía es la razón, en sus tres formas de especulativa, práctica y crítica. Lo que por el ejercicio analítico-sintético de la razón no se adquiera, podrá ser científico, teológico o artístico; pero no será nunca filosófico.

Hay, sin duda, una filosofía aliada del catolicismo; pero no es filosofía por ser aliada del catolicismo y estar conforme con él, sino por ser conjunto de principios o verdades racionales coincidentes con las verdades reveladas del catolicismo. Los

Biblioteca Nacional de España

principios de la filosofía son independientes por completo de los de la teología, porque son verdades primeras evidentes de por sí, mientras que los de la teología son sólo verdades evidentemente creíbles. La frase tradicional y pésimamente entendida de que la filosofía es «sierva de la teología», nada dice en contrario, sino para los que en todo servicio ven una degradación. La filosofía sirve a la teología como la química a la medicina, el álgebra a la astronomía y cualquier otra ciencia a otra, suministrándola los principios o conclusiones de que ésta ha menester para llevar más lejos sus pesquisas propias, pero conservando las conquistas y los métodos que la son peculiares. Yo no soy católico «por la gracia de Dios» *sólo*, como se ha dicho recientemente en un periódico católico de aquí, sino por mi razón y por la gracia de Dios. Antes que católico soy hombre o racional y nunca admitiría la fe católica si no estuviese fundada en razón. *Philosophia, scientiarum omnium «rectrix»*, se ha dicho.

B. IBEAS

Biblioteca Nacional de España

Calderón, el dramaturgo de la Escolástica

Este trabajo fué leído hace poco a la *Aquinas Society*, de Londres. Al ofrecerle hoy a los lectores de esta Revista lo modificaré ligeramente, añadiendo nuevas notas y citas. El público ante el cual se leyó estaba familiarizado con las ideas escolásticas y tomísticas; en consecuencia, sólo tuve que exponer el pensamiento calderoniano para que los presentes comprendiesen la relación entre ambos; de no seguir la misma pauta, al presentarlo ahora como artículos, tendría que ser mucho más largo. Prefiero dejarlo como está; por fuerza tendrá que ser incompleto. Sólo se puede hacer justicia al tema en un estudio detallado de la Teología, la Filosofía y la técnica dramática de Calderón. Espero publicar en breve un estudio completo sobre este aspecto del arte calderoniano, de que nunca se ha tratado (1), y que es, en mi sentir, el punto de partida adecuado para la exacta comprensión, no sólo de Calderón como poeta y dramaturgo, sino también de una fisonomía notable y característica de la cultura nacional es-

(1) No hago excepción de la obra de Jutta Wille *Calderons Spiel der Erlösung* (1932), que, aunque interesante y de amena lectura, no ahonda en el pensamiento y la técnica de Calderón.

Biblioteca Nacional de España

pañola. Que este trabajo mío se publique en el año del tricentenario de Lope de Vega, me parece justo. Los festejos que se celebran con ocasión de los centenarios son, con frecuencia, más bien perjudiciales que beneficiosos, puesto que al hacer hincapié en los de un poeta determinado, tienden a aislarle, a desplazarle exageradamente de su puesto en la cultura nacional. El desastroso resultado del centenario de Calderón, en 1881, es un caso típico. Lope de Vega y Calderón padecen cuando se les compara superficialmente y esta comparación carece, además, de valor crítico. Es preciso darse cuenta de que los dos poetas son, fundamentalmente, diferentes. Acaso este artículo sirva para señalar esta diferencia, porque el genio de Lope nunca le impulsó a intentar lo que Calderón realizó plenamente.

* * *

Acaso el tema que he elegido no es asunto que se relacione fundamentalmente con el tomismo, pero sí tiene relación con el designio de llevar a la escena, en forma poética y dramática, toda la filosofía de la vida, de la que el tomismo es la expresión exacta, incluyendo, por tanto, gran parte del dogma católico. Es evidente que tan gran empresa no puede acometerse en una sola obra; Calderón escribió 84 obras de este género, de las cuales se han perdido seis; pero es posible recoger unas 35, que, tomadas en conjunto, representan una síntesis, más o menos completa, de su dramatización de la filosofía y de la teología católicas. De esto se deduce que el tema es amplísimo y, por tanto, difícil de reducir a los términos de una conferencia. Por consiguiente, habré de mermarlo considerablemente y, en vista de que esta sociedad se interesa más por la Filosofía que por la Teología, prescindiré de su dramatización del dogma, a pesar de que en esto precisamente culminan las realizaciones más típicas de Calderón, y me limitaré en el presente trabajo a una breve exposición

Biblioteca Nacional de España

de los métodos que emplea para dramatizar este aspecto de tema tan gigantesco, que más se acercan a la verdadera Filosofía.

El teatro, tal como se produce durante el movimiento humanístico del Renacimiento, no nos incumbe ahora; vamos a tratar de un tipo de obra teatral, que encuadra perfectamente en la tradición medieval de la literatura dramática. De sobra es sabido que el drama religioso medieval —misterios y moralidades— dejó de existir en Europa con el Renacimiento. El teatro dejó de ser teocéntrico para trocarse en antropocéntrico. Pero hubo un país que se negó a aceptar la nueva cultura en toda su integridad, y ese país fué España. En España la tradición católica seguía en pie, se mantenía incólume, viva, alentada por cuanto había de mejor en el nuevo espíritu de la cultura europea. El arte renacentista español nunca dejó de ser teocéntrico. No encontramos en la pintura ni en la escultura españolas ese paganismo que se deleitaba en la belleza de la forma humana. No existe en España un Miguel Angel, pero hubo un Greco. Del mismo modo no hubo un Shakespeare, pero hubo un Calderón.

En consecuencia, el drama medieval sobrevivió sólo en España. En su desarrollo no sufrió un corte de cuentas; por el contrario, se elaboró y perfeccionó en manos de artistas conscientes, y fué el origen de un tipo de obra peculiar a España y único en el mundo de la literatura. Ese tipo de obra es el *auto sacramental*. No es menester explicar la significación exacta de la palabra *sacramental* en este caso. Baste decir que su asunto era la doctrina de la Sagrada Eucaristía, aunque no fuese necesariamente su fin. Y era lógico que así fuese, ya que se representaban exclusivamente en la fiesta del Corpus Christi, y por ser parte integrante y principal de las festividades religiosas del día, forzosamente habían de relacionarse con ellas. Eran, en realidad, la aportación popular a los festejos religiosos.

Al avanzar la literatura como arte consciente, estos autos sacramentales dejaron de ser producciones anónimas y co-

Biblioteca Nacional de España

menzaron a escribirse exclusivamente por los grandes dramaturgos profesionales de la época. Cúpole realizar la transformación a Lope de Vega; el tipo de obra y la producción escénica ya estaban fijados por la tradición y no tuvo, por consiguiente, Calderón que desempeñar el papel de fundador o innovador, sino el que mejor cuadraba a su genio peculiar, el de perfeccionar la técnica y ensanchar el campo de acción de los autos, profundizando su contenido doctrinal y didáctico.

Muy poco se sabe de la vida de Calderón. Esto no se ha de atribuir a falta de aprecio por parte de sus contemporáneos, pues que su reputación en España era inmensa y su fama se había extendido por el extranjero desde bien pronto. Se conoce tan poco de su vida porque ésta transcurrió sin incidentes. A diferencia de Lope, huía de la publicidad, se retiró del mundo y vivió (durante las postrimerías de su vida, al menos) casi como un cartujo, escribiendo comedias y autos año tras año por mandato expreso del rey, pero sin que se le importase un ardite la publicación de sus obras (1); y si como poeta logró fama e inmortalidad, como hombre sólo dejaba —y no era poco— pruebas de una vida sacerdotal ejemplar.

Esta renunciación voluntaria, este retraimiento del mundo han dejado huellas en su labor. Sus obras postreras poca o ninguna relación guardan con el mundo de la realidad: mas bien reproducen un mundo imaginario, idealizado, de pura

(1) Sin embargo, fué obligado a preocuparse de la publicación de sus autos, de los cuales sólo llegó a publicar un tomo en el año 1677. En el prólogo nos dice que los saca a luz para que «no corran (pues no hay quien lo impida) la deshecha fortuna que han corrido las comedias; porque siendo como son tan escrupulosos sus asuntos que por un término errado, o por la pluma, o por la prensa, puede pasar de lo sensible del ingenio a lo intolerable de la reputación, me ha movido (mejor dijera *me ha forzado*) a que ya que hayan de salir salgan por lo menos corregidos y cabales; que para defectos bastan los míos, sin que entren a la parte los ajenos.»

Biblioteca Nacional de España

fantasía. Sus autos están pletóricos de ascetismo, de disciplina moral e intelectual, de renunciación a toda esperanza y creencia en un mundo de placeres terrenales y engañosos, pero siempre iluminado por el vigor de vívida imaginación poética y por una versificación perfecta.

De no haber sido cristiano, Calderón hubiese sido probablemente un profundo pesimista, acaso un cínico. Esta actitud suya debe atribuirse, según creo, a la reacción que experimentaba frente al estado de la sociedad en que vivía. Su larga vida coincidió con el período de decadencia económica, política y cultural de España, decadencia que trajo consigo todas las manifestaciones sociales de la decadencia nacional; esa palabra que aparece tan repetidamente en sus autos, *desengaño*, es también el vocablo que con más acierto caracteriza a la España de esa época. En Calderón esa palabra es la clave de su doctrina moral, así como la explicación de la pérdida de sus esperanzas en el mundo exterior.

La fama de Calderón como poeta y como dramaturgo se basa, casi por completo, en sus comedias. A esto precisamente se debe que el verdadero mérito del poeta se haya pasado por alto en gran parte. Sus autos sacramentales son mucho más importantes, mucho más asombrosos, así como su mayor timbre de gloria. A éstos, exclusivamente, se refiere este artículo.

La representación de estas obras era un espectáculo magnífico. El decorado y los trajes, espléndidos. La música y el baile formaban parte integrante de la función, y se cantaba gran parte de la obra. Pero ¿cuál era el fin de estos autos? Que el propio Calderón os responda. Son, dice:

> ... Sermones
> puestos en verso, en idea
> representable, cuestiones
> de la Sacra Telogía,
> que no alcanzan mis razones
> a explicar ni comprender,
> y que el regocijo dispone
> en aplauso de este día (1).

(1) Loa al auto *La Segunda Esposa*, tomo VI, pág. 293. Todas las referencias son a la edición de Pando. (Madrid, 1717).

Biblioteca Nacional de España

Este drama eucarístico es, en esencia, un acto público de devoción religiosa, pero también es algo más. La obra es, en realidad, un sermón, pero un sermón *puesto en verso*, un sermón dialogado en forma poética. Un sermón que, a la vez que predica, instruye, ya que trata de cuestiones teológicas y de los Artículos de la fe, y su objeto es dar a éstos forma dramática, expresarlos en *ideas representables*, es decir, una idea susceptible de ser dramatizada. No puede ser, por tanto, obra que trate de hechos y acontecimientos reales o imaginarios. Un dogma es una idea. La obra, por consiguiente, tratará de ideas, no de personas humanas. Se crea, pues, un mundo dramático, un mundo que echa por tierra todas las barreras de tiempo y espacio; un mundo en que los caracteres que toman parte en el drama no representan individuos, sino que son símbolos de ideas, personificaciones de la universalidad, representaciones antropomórficas de seres sobrenaturales, hasta de Dios mismo. En ellos encontramos personajes como las Tres Personas de la Santísima Trinidad —Poder, Sabiduría y Amor—; el demonio llamado Lucero de las Tinieblas; la Verdad, la Justicia, el Bien y el Mal; la Castidad y la Lujuria; el Mundo; los cuatro elementos; las cuatro estaciones; los días de la semana y, por fin, el Hombre en persona; no un *hombre*, sino el Hombre, y en él todos los hombres, la Humanidad. De este modo se da a lo que es concepto, idea, forma plástica, visible y se hacen comprensibles para el auditorio.

Los actos de estos personajes han de tener carácter didáctico, pues la obra tiene por fuerza que ser sermón; tienen que poner al alcance del público la idea o grupos de ideas que el autor ha concebido. Vaya un ejemplo: El autor desea expresar la idea de la Redención. Si reproduce en la escena hechos de la Vida y Pasión de Nuestro Señor, no enseña teología a su auditorio; para lograrlo, alguno de los personajes tendría que explicar el significado de aquellos hechos. Pero

Biblioteca Nacional de España

de esto huye Calderón, puesto que en ese caso serían tales sermones y no sermones dramatizados. De recalcar el mayor valor de los últimos se encarga el propio poeta. Con frecuencia empieza sus autos haciendo que el Demonio aparezca en escena con algunos de sus cómplices. Comienza por exponer la idea o el plan que se ha trazado, para detenerse de pronto y exclamar:

> ... aguarda,
> que al ver que perciben menos
> los oídos que los ojos,
> no solamente pretendo,
> Discordia, que los escuches,
> mas que los mires... (1).

Importa más mostrar a las gentes el significado de la Redención que contárselo. Y esto es lo que hace Calderón. Puesto que no me incumbe hablar aquí de su dramatización de la Teología, no puedo explicaros cómo lo consigue, pero es preciso señalar cómo la doctrina de la Redención sólo puede explicarse por medio de ideas, pues que para explicarla por fuerza habremos de pensar en el Hombre caído en la Desgracia Divina y cautivo del Pecado; habremos de pensar en la imposibilidad de que el judaísmo o cualquier otra religión precristiana ofrezca al Hombre medios de salvación; habremos de pensar en la Encarnación, en el Ofrecimiento por Cristo del infinito Sacrificio por el cual el Hombre se redime de su pecado infinito. Y son estas ideas las que han de dramatizarse: la Humanidad, la Gracia, el Pecado, el Judaísmo, el Paganismo y Cristo han de convertirse en caracteres dramáticos.

Calderón justifica a cada paso este tratamiento de la Teo-

(1) *Las Espigas de Ruth,* VI, 871.

Biblioteca Nacional de España

logía al insistir en el singular valor didáctico del drama, de algo *visto* en vez de algo *oído*. Y así dice:

> ... quiere Dios
> que, para rastrear lo inmenso
> de su Amor, Poder y Ciencia,
> nos valgamos de los medios
> que, a humano modo aplicados,
> nos pueden servir de ejemplo.
> Y pues lo caduco no
> puede comprender lo eterno,
> y es necesario que, para
> venir en conocimiento
> suyo, haya un *medio visible*
> que, en el corto caudal nuestro,
> del *concepto imaginado*
> pase a práctico concepto;
> hagamos representable
> a los teatros del Tiempo ... (1).

Hasta cierto punto, esta diferencia entre *ver* y *oír*, señalada por Calderón, tiene su contrapartida en el proceso didáctico. Calderón posee conocimientos, ciertas doctrinas en forma de conceptos; mas impartir esta erudición —bien sea cuestión de verdad natural o revelada—, es imposible sin medios materiales. El filósofo emplea ejemplos concretos, parábolas, diagramas, etc. Calderón usa de alegorías, de personajes teatrales, del diálogo; este es su *medio visible*, como lo llama. De este modo el pensamiento se imparte en forma de acción; un *concepto imaginado* se trueca en *práctico concepto*; la idea se *ve*, no se *oye*. Veamos lo que quiere decir por *concepto imaginado*, con objeto de aclarar aún más su concepción de la naturaleza de este tipo de drama, y en esto nos ayudará la epistemología tomística. Santo Tomás nos dice que, en su contacto con el entendimiento, el universo físico se asimila a los sentidos humanos; este sentido-conocimiento se convier-

(1) *Sueños hay que verdad son*, III, 277.

Biblioteca Nacional de España

te en sentido-memoria permanente y habitual (no forzosamente real). Este sentido-memoria puede despertarse por una reacción emocional y toda emoción tiene un principio cognoscitivo interno en la fantasía, y la fantasía, una vez despierta por un estímulo externo, puede continuar aún desaparecido el estímulo. Las sensaciones son fijas y serias. No así la fantasía, que es juguetona; un mundo de sueños que pueden comprender vagamente todas las probabilidades, todos los imposibles, todos los ideales, aun los más absurdos, etc. Ahora bien, Calderón hace constante referencia a su fantasía como la fuente de donde extrae la acción de sus autos; en los autos mismos, cuando uno o varios de los personajes esbozan la *idea* que se va a *representar*, hablan siempre de *la confusa fantasía* —de una representación—(1) del *fantástico motivo* (2) que tras aquéllas se esconde; hablan de sus propios actos como si fuesen *ideas que fastásticas os finjo* (3).

Ahora bien, puesto que cada auto es la fantasía calderoniana en acción, es obvio que el campo de acción de esta clase de dramas es enorme, porque es un mundo de sueños, de fantasía, al que ni el tiempo ni el espacio pueden poner trabas, para el que no ha de ser impedimento consideración alguna de lo que pudiese o no ser probable o posible en el orden material. Sin embargo está limitadó, aunque por una sola cosa: la frecuencia de estos fantasmas en la imaginación obliga a la mente a preguntar si cada uno de ellos es *posible* en el orden metafísico; si, por consiguiente, cada uno es verdadero y consistente; con objeto de reflexionar sobre una idea ya concebida (concepto), la mente, como dice Santo Tomás, ha de recurrir a la fantasía. Sabe *per conversionem ad phantasmata* (4). Se forja fantasías, por tanto, para su propio uso, convirtiéndolas en diagramas, cuadros, parábolas y alegorías, que

(1) *La Vida del Señor*, IV, 173.
(2) *La Nave del Mercader*, I, 239.
(3) *A tu Prójimo como a ti*, VI, 335.
(4) *Summa Theologica*, I, qu. 89, art. 1, *ad Resp.*

Biblioteca Nacional de España

se traducen en fuentes permanentes de nutrición. Así, el pedagogo, al impartir sus conocimientos, empieza por concebir la idea, dibuja luego su diagrama u ofrece una analogía para ilustrar la idea. Y esa es precisamente la técnica de Calderón en sus autos, cuando hace que el Demonio o cualquier otro personaje del drama interrumpa la exposición de una idea y evoque, en forma de visión, una alegoría dramática, para, al final, tornar de nuevo a la alegoría para explicar la idea. Esta es la técnica original y sorprendente de Calderón, ya que en gran número de estos autos el tema dramático verdadero es la proyección en forma dramática de lo que piensa uno de los personajes de la escena, bien sea una persona real, el Diablo, o una persona humana, y en una ocasión hasta Calderón mismo.

Y así, *conceptos imaginados* se truecan en *prácticos conceptos* por ese medio visible que es la alegoría dramática, y los que son esencialmente personajes *fantásticos* se convierten, hasta cierto punto, en *reales*. Así, dice Calderón en uno de sus autos:

> Y pues ya la fantasía
> ha entablado el argumento,
> entable la realidad
> la metáfora diciendo... (1).

Porque este medio visible para la comunicación de las ideas nacidas de la fantasía es una metáfora, una *retórica licencia*, según el poeta, una figura de dicción que Calderón califica de *prosopopeya* (2).

Este concepto del auto sacramental es un aspecto fascinador de su arte, pero los límites de esta conferencia no me permiten estudiarlo con más detalle, ni tampoco señalar cómo puede Calderón demostrar que es posible la justificación de

---

(1) *Las Ordenes Militares*, I, 104.

(2) «... la fantasía—de retóricas licencias—da voz a lo inanimado,—en cuya presopopeya—las más lejanas distancias—la imaginación abrevia». (*El Nuevo Hospicio de Pobres*, II, 116).

Biblioteca Nacional de España

este concepto del drama dentro de los aceptados cánones del arte dramático. Sólo es preciso añadir que, al convertirse en *realidades* sus *fantasías*, no se hallan coartadas por ninguna de las unidades clásicas (1) y sí sólo por la verdad; verdad que para Calderón implica verdad histórica por una parte, y, por otra, la verdad natural o revelada por la enseñanza y la moral católicas. Dentro de este amplio campo de acción, su fantasía puede volar libremente, y así, los habitantes de ese mundo dramático son innumerables. Y en manos de dramaturgo que posea un dominio perfecto de su arte, una imaginación despierta y rica, inteligencia disciplinada y conocimientos, que, sin ser necesariamente profundos, son vastos, la escena por fuerza ha de tener enormes posibilidades, no alcanzadas por dramaturgo alguno desde Calderón. Nuestro poeta poseía todas estas cualidades en alto grado.

Sus autos sacramentales se dividen en seis grupos principales. Escoge un hecho histórico o legendario cualquiera y, sometiéndolo al tratamiento alegórico, deduce una moraleja. Este es el grupo menos importante. Los otros forman una serie en que se presenta una síntesis de la cristiandad y una explicación de la vida cristiana. En los primeros recurre a motivos del Antiguo Testamento, y empleando el tratamiento alegórico, señala cómo el mundo estaba preparado para la venida del Mesías y eran, en cierto modo, proféticos. En el grupo más numeroso de autos da forma dramática a la doctrina de la Redención y nos ofrece una explicación escenificada de la Creación, del Pecado original, de la Encarnación y de la Redención; luego, en otro grupo, trata de la Iglesia y de su fundación; otro grupo suplementario se ocupa de alguna cuestión objeto de controversia, en que se defienden determinados puntos del dogma católico. Un grupo muy importante trata de la vida moral del cristiano, de la Tentación y del Pecado, y de los Sacramentos como medios para obtener

(1) «... en fantásticos cuerpos —de alegóricas figuras— no se da lugar ni tiempo». (*El Indulto General*, II, 81).

Biblioteca Nacional de España

la Gracia Divina. Por último, hay dos autos que caen por fuera de este esquema, en que el asunto es exclusivamente la doctrina de la Inmaculada Concepción.

Ahora se comprenderá por qué califiqué a Calderón de dramaturgo de la Escolástica. En sus obras encontramos una síntesis dramática de la Teología y la Filosofía escolásticas, subordinada ésta a la Teología en todo momento. No es Calderón un pensador original, ni como tal trató nunca de pasar. Como pensador no puede comparársele con Dante. Pero es, en cambio, muy original como poeta y como dramaturgo, y esta originalidad se manifiesta en el arte con que dramatiza el escolasticismo, que acepta sin rodeos, con que infunde vida dramática en los conceptos abstractos, con que hace que el mundo de la fe viva sobre el tablado por medios de simbolismos poéticos poderosos. En sus autos no se revela como filósofo, en el sentido estricto del vocablo. Pero de un examen del contenido doctrinal de sus autos, es imposible descubrir hasta qué punto era filósofo en su fuero interno. Su concepto del auto sacramental como *sermón puesto en verso* y como medio de instrucción teológica, prueba claramente que era pedagogo innato, y, como tal, su medio es la poesía y el drama, con exclusión de todo otro. Calderón pedagogo ofrecía a su público la doctrina que era suya por medio de imágenes poéticas, que, a la par que su imaginación, despertaban en el auditorio todas las emociones que era capaz de sentir.

El pedagogo no puede poseer su doctrina, menos perfectamente que como la imparte; pero puede poseerla en mayor grado de perfección. Acaso fuera Calderón más profundo teólogo de lo que se deduce de su forma de impartir la Teología. Pero la manera en que comunica su doctrina se determina por la cultura del público, y es preciso recordar que escribió principalmente para el madrileño de tipo medio. Por lo tanto, es imposible determinar, basándose en pruebas extrínsecas, hasta qué punto Calderón era teólogo y filósofo. Téngase en cuenta que, siendo un español del siglo XVII, tanto por el am-

Biblioteca Nacional de España

biente que le rodeaba como por su preparación universitaria, vivió en un mundo intelectual en que los varios sistemas escolásticos, antiguos y modernos, eran (o habían sido hasta poco antes) temas vigorosos, vivos, objetos de constante y enérgica controversia, que influían en casi todos los aspectos de la cultura nacional. No obstante, es probable que Calderón, aunque impregnado de esta tradición, fuese tan sólo discípulo fiel y afanoso de la doctrina escolástica al alcance del profano; es decir, al alcance del español educado en la época, del hombre que se mantenía apartado de banderías filosóficas, sin contacto alguno con escuelas filosóficas determinadas. Probable es que Calderón, apartándose de estos problemas, sólo pensase en instruir en doctrinas fundamentales a los más varios auditorios del modo más concreto posible para un artista de tan grande imaginación.

Esta suposición se basa en el hecho de que al filósofo a quien mayor devoción profesa no es Santo Tomás, sino San Agustín. La razón es clara. Con frecuencia sigue de cerca la filosofía de Santo Tomás, pero no pudo ser tomista fiel y estricto quien empleó sus conocimientos como lo hizo Calderón. El examen sistemático de la ciencia a la luz del razonamiento frío, no podía ser agradable a un genio fundamentalmente dramático, quien por fuerza había de congeniar mejor con una filosofía activa e impulsiva como la de San Agustín. Destellos impulsivos de intuición —lo que Maritain llamó la *audacia inventiva* de San Agustín— son más espectaculares y, por consiguiente, más dramáticos que la lógica pura. Calderón en persona nos ofrece ejemplos de su propia *audacia inventiva*. Y así, del mismo modo que en San Agustín no encontramos un *sistema* filosófico verdadero, tampoco lo hallamos en Calderón. Toma de aquí y de acullá lo que mejor conviene a su propósito. Pero... es tema para desarrollado con más amplitud de la que cabría ya en los límites de este artículo. Firmo, pues, con la promesa de probar ampliamente mi tesis en las páginas de ESTUDIOS HISPANICOS más adelante.

ALEXANDER A. PARKER

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

La Semana Santa y los gremios de Madrid

Madrid se distingue entre todas nuestras ciudades por la pobreza y falta de popularidad de las procesiones que en toda España se celebran en la Semana Santa. La historia, que de todo hace un problema, acucia la curiosidad del investigador en este punto. ¿Ha sido siempre así? ¿Qué ha pasado en la capital de España para esta decadencia de las solemnidades religiosas que viven pujantes en otras partes?

Muy sencillo. La Semana Santa en Madrid era tan fastuosa y característica como correspondía a la corte, metrópoli de medio mundo; pero aquella fastuosidad era mantenida por los gremios profesionales de las industrias madrileñas; una vez que dichos gremios desaparecieron en el siglo XVIII, la Semana Santa perdió su base principal y decayó hasta el grado que vemos actualmente.

Un sucinto estudio, hecho sobre documentos del siglo XVII, nos hará ver cómo era la Semana Santa madrileña, cuáles sus elementos característicos, cuál su organización y de qué modo estaba unida su celebración al auge y vida de las corporaciones sindicales, llamadas gremios.

El régimen de las procesiones de la Semana Santa de Madrid, era éste. Había cuatro cofradías tradicionales, corporacio-

Biblioteca Nacional de España

nes meramente de piedad y penitencia, las cuales constituían el núcleo central, a cuyo alrededor se agrupaban determinados gremios profesionales, mediante un pacto ejecutoriado entre la cofradía y los gremios. Otorgaba la cofradía el disfrute de las gracias espirituales, privilegios canónicos, sufragios, etc., a los afiliados a los gremios, como si fueran cofrades, y los agremiados se comprometían a acompañar la procesión de Semana Santa, sacando un paso a sus expensas, alumbrando con cirios y vestidos con túnicas de penitentes. De aquí surgió una fuente de continuos pleitos. Ya porque el fervor religioso de los gremios experimentara crisis algunos años, ya porque las cofradías pretendiesen convertir en obligación jurídicamente exigible los actos de mera devoción de las corporaciones profesionales, ya porque desapareciese a veces el sujeto de derecho al quedar abolido un gremio o perder el carácter de tal, apenas faltaba año en que no hubiese lamentables querellas en vísperas de Semana Santa.

Los días de procesiones eran en Madrid tres: Miércoles, Jueves y Viernes de la Semana Mayor. En cada uno de estos tres días se organizaba una, dos y aún tres procesiones, todas con diferentes pasos de la vida y pasión del Señor. Referiremos por orden las solemnidades de cada día:

Miércoles Santo.

Desde 1575 abría sus puertas a la piedad pública la iglesia conventual del Carmen Calzado, cuya fundación dramatizó Tirso de Molina.

En los primeros años del siglo XVII, desde 1610 por lo menos, existía en esta iglesia la Cofradía de Santa Elena y Animas del Purgatorio, que salía en procesión los Miércoles Santos, a las dos de la tarde, llevando el paso de Santa Elena. Formaban esta cofradía los afiliados al gremio de Panaderos, los cuales, como base de la procesión y responsables de su régimen,

Biblioteca Nacional de España

tenían derecho a nombrar cetreros para poner orden y representar al gremio entre todos los demás cofrades que iban alumbrando.

Se agregaban a esta procesión otros gremios: los Cerrajeros sacaban el paso de Nuestra Señora de las Angustias y Traspaso; los Acuñadores de martillo de la Real Casa de la Moneda, sacaban el Santo Sepulcro, hasta el año 1709, que se abolió dicho oficio; los Confiteros sacaban un paso, no he podido saber cuál, por los documentos contemporáneos, y los Obligados del Abasto de carbón, que hoy decimos contratistas, sacaban a su costa el paso de la Santa Cruz. Ya en 1647 hubo que intimar a los tales Obligados a celebrar junta para dar forma a la tradicional salida de un paso. Más adelante, no sé qué año, ellos encontraron medio de eximirse de la obligación de salir personalmente en la procesión, mediante una limosna en metálico para que veinticuatro o treinta eclesiásticos sacasen, alumbrasen y todo lo demás a la Santa Cruz. Como este hecho no debió ser aislado, por lo que barrunto, el año 1712 mandó el Vicario Eclesiástico que los sacerdotes no saliesen como cofrades en las procesiones de Semana Santa. Entonces, los abastecedores de carbón pretendieron que su obligación no llegaba a más de pagar a los eclesiásticos, los cuales, si no podían salir, «aunque fuera sin sobrepellices», la Santa Cruz debía quedarse en la iglesia. El pleito se resolvió en contra, y los señores carboneros continuaron o reanudaron su salida en la procesión del Miércoles.

La procesión que formaban todas estas corporaciones y cofradías tenía dos metas, oficialmente prefijadas en su itinerario: el Real Alcázar y el Convento de las Descalzas Reales. Respecto del primero, se les anunciaba la hora oficial en que el rey se sentaría a la ventana para presenciar el religioso desfile. Por documento del año 1651, esta hora consta que fué a las cuatro de la tarde. Probablemente esta misma sería los demás años.

Por lo que toca a las Descalzas Reales, todos los pasos que

Biblioteca Nacional de España

salían en procesión en los tres días de Semana Santa tenían que entrar en el templo del convento para que los vieran las buenas monjas, entre las cuales siempre había damas de real alcurnia. Ya se les advertía a los cofrades que entrasen en el templo sin ruido ni alboroto alguno, so pena de cien ducados de multa.

Las autoridades que presidían el cortejo procesional, eran tres alcaldes de Casa y Corte, escoltados por varios alguaciles de su jurisdicción. Previamente las cofradías habían pedido licencia para salir en procesión al Consejo de Castilla, según auto acordado del mismo Consejo, de 20 de noviembre de 1619, comunicado al Vicario Eclesiástico y aceptado por dicha autoridad.

Jueves Santo.

El Jueves Santo salían tres procesiones, las tres por la tarde: una, la más antigua, de la iglesia de Santa María de Gracia; la segunda, de otra iglesia muy próxima, del hospital de la Pasión; la tercera, del convento de la Trinidad Calzada; las tres iglesias destruídas actualmente.

A las dos de la tarde, la plaza de la Cebada era un hervidero de gente. En la esquina de dicha plaza y Puerta de Moros se alzaba el Humilladero de Nuestra Señora de Gracia, pequeña ermita antes, iglesia capaz desde últimos del siglo XVII, propiedad de la Hermandad de la Vera-Cruz, fundada desde el siglo XIII en el convento de San Francisco.

La Hermandad organizaba esta procesión, en la que figuraban varios pasos; los principales, el de la Santa Vera-Cruz y el de Nuestra Señora del Traspaso.

El gremio de Altareros tenía ejecutoriado con la Hermandad sacar la insignia de la Vera-Cruz, alumbrarla, cuidar de su adorno y decoro hasta volverla a la iglesia. Pero algunos años antes de 1678 se le llevaron a no sabemos qué templo, probablemente a la parroquia de Santa Cruz, y se incorpo-

Biblioteca Nacional de España

raban a la procesión en la plaza Mayor. Contra esta corruptela antitradicional levantó la voz la Hermandad y logró restablecer la antigua costumbre.

Años después, en 1708, volvieron a dar que hacer los altareros por su falta de fervor en asistir a la procesión. El mayordomo del paso de la Vera-Cruz hubo de recurrir a la Autoridad, exponiendo que «como a tal mayordomo, le toca sacar el dicho paso de la ermita de Nuestra Señora de Gracia el Jueves Santo por la tarde, siendo de obligación de los demás altareros de esta Corte el salir a alumbrar al dicho paso; y por la experiencia que ha tenido de otros años, no ha salido con la veneración que se debe, por no querer asistir los que tienen la obligación en dicho ejercicio».

Alegaban los altareros que a su entidad le faltaban ciertos requisitos sustanciales para constituir gremio; pero la Autoridad les compelió a salir en procesión, «pena de diez ducados a cada uno».

Cuando la coronada villa los vió desfilar aquel año, no sabemos qué pensaría de la sinceridad de su devoción en ir alumbrando el paso de la Vera-Cruz.

El paso de Nuestra Señora del Traspaso lo comenzaron a llevar los sastres desde 1619. También éstos se encabritaron el año 1636. Acudió la cofradía al Consejo, exponiendo que los sastres tenían estipulado con ella gozar de todos sus privilegios y gracias espirituales, sin más limosna ni oblación que asistir a la procesión del Jueves Santo acompañando, con hachas encendidas y vestidos de túnicas, el paso de la Virgen. Ante tales razones, los sastres fueron compelidos a no hacer novedad en la costumbre establecida.

No fué tan redondo el éxito de la Hermandad en otro pleito habido con los cosecheros de vino el año de 1678. El gremio de Taberneros sacaba el paso del Niño Perdido disputando entre los Doctores. Pero hacia 1678, los derechos que los taberneros pagaban pasaron a cargo del Cabildo de Herederos de Viñas. ¿A cuyo cargo correría sacar el Niño Perdi-

Biblioteca Nacional de España

do? La Hermandad pretendió que la entidad que se había subrogado en lugar de los taberneros debía cargar con todas las obligaciones de ellos. Los Herederos de Viñas alegaban su exención de tales obligaciones, puesto que ellos no constituían gremio. Las Autoridades resolvieron que «por esta vez, 1678, y por vía de limosna, y sin perjuicio de sus privilegios, acudan con lo que fuere necesario para el adorno y salida del paso».

A la misma hora, y de las mismas inmediaciones de la plaza de la Cebada, salía otra procesión el Jueves Santo. De muy antiguo existía frente al hospital de la Latina, aún existente, una pequeña ermita de San Millán, junto a la cual, el año 1565, se fundó un hospital para mujeres, bajo el título de la Pasión. Esta casa de beneficencia funcionó hasta 1587, en que por orden de Felipe II hubo reducción de hospitales al General, que se inauguró en 1603, tal donde ahora se halla. Quedó la ermita de San Millán sin objeto, y un buen día del año 1591, el párroco de San Justo, que necesitaba una ayuda de Parroquia, salió a dar el Santísimo a un enfermo, y se entró de rondón en ella, colocó el Sacramento en el sagrario y la declaró anexionada a San Justo. No contaba el expeditivo párroco con que las Cortes de 1598 habían de reclamar y votar por la restitución de «los hospitales reducidos, cuyas rentas están en pie». De éstos debió ser el de Pasión, que volvió a abrir sus puertas a las mujeres enfermas. Al volver el hospital, se halló su ermita convertida en ayuda de parroquia, «y empezando a tener diferencias en la Parroquia sobre la administración de Sacramentos y otras cosas, este año, 1619, labró iglesia de por sí».

El año 1638 los Dominicos compraron este hospital para hospedería de su Orden. El hospital de Pasión fué trasladado a un edificio nuevo, labrado junto al hospital General.

De esta iglesia, que los documentos contemporáneos llaman ermita de San Millán, hospital, hospedería y convento de Pasión, salía la segunda procesión del Jueves Santo.

Biblioteca Nacional de España

Varios pasos y varios gremios formaban el piadoso cortejo. Los estereros de Palma sacaban el paso del Lavatorio. Los porteros de la Villa y Ayuntamiento, aunque no constituían gremio, sino congregación, sacaban «el paso que llaman de la Higuera», que debía representar al Señor con los discípulos en el momento de maldecir la higuera estéril. Los zurradores llevaban el paso de Nuestro Señor con la Cruz a cuestas. Los herradores iban con el paso de Levantar a Cristo en la Cruz (la Exaltación); los comediantes y mancebos de los corrales sacaban el paso de Cristo Crucificado; los curtidores y rastreros o matarifes, sacaban el Santo Sepulcro. Cerraba la procesión la cofradía de Nuestra Señora de las Angustias, que era la base y la organizadora del acto. El año 1669 se dispensó de que salieran los cuatro primeros pasos, en atención al mal estado de deterioro en que estaban. A finales del siglo hubo modificaciones en esta procesión. Ya el antiguo hospital era hospedería dominicana; los Dominicos tenían en la calle de Atocha el célebre Colegio de Santo Tomás, donde hoy se alza la moderna iglesia de Santa Cruz, del cual salía una procesión el Viernes Santo, como después diremos; este lugar era ya más céntrico y más a mano para reunirse los cofrades y asistentes a la procesión. Todas estas razones, o algunas otras, hicieron que el Gobernador del Consejo ordenase que los mayordomos de los gremios que sacaban pasos de la hospedería la noche del Miércoles Santo los trasladasen, con decoroso acompañamiento de luces, al Colegio de Atocha, de donde había de salir la procesión formada el Jueves Santo, y acabada la cual, los volviesen a llevar a la hospedería.

Por último, salía el Jueves por la tarde la procesión de la Trinidad Calzada, convento e iglesia que cogía la manzana de casas de la calle de Atocha, entre Relatores y Conde de Romanones, pues aún no existía la moderna calle del Doctor Cortezo.

En la Trinidad estaba erigida la Hermandad de la Vera-Cruz y Nuestra Señora de Gracia. A las dos de la tarde llega-

Biblioteca Nacional de España

ban allí los señores Alcaldes, para autorizar con su presencia la salida de la procesión. El gremio de los Pañeros sacaba el paso del Santo Cristo Crucificado. El año 1665 hubo necesidad de corregir un abuso que se iba introduciendo de años atrás. Los mercaderes de paños enviaban a la procesión «a sus mancebos y criados», desobligándose de asistir personalmente. Una saludable conminación de cincuenta ducados de multa a cada uno les hizo volver a la tradición.

Viernes Santo.

Desde muy antiguo, las procesiones de este día eran dos principales: la del Colegio dominicano de Santo Tomás, que salía a las seis de la mañana, y la del convento de la Victoria, a las tres de la tarde. Este régimen tuvo alteraciones en el siglo XVII, como vamos a explicar.

Hacia el año 1635, en la calle de las Infantas, en unas casas que ocupaban el área de la actual plaza de Bilbao, unos judíos escarnecieron la imagen de un Crucifijo, azotándolo con unas varas de rosal y quemándolo después cabeza abajo. Descubierto el sacrilegio, aquellas casas fueron arrasadas y sembrado de sal el solar, donde la Inquisición levantó un padrón refiriendo el delito y el castigo. El 13 de diciembre de 1639, la reina fundó en aquel solar un convento de Capuchinos, llamados de la Paciencia, que perduró hasta el siglo XIX. En el lapso de tiempo de 1635 a 1638, se erigieron tres cofradías para hacer estación en la noche del Jueves Santo al solar de la calle de las Infantas, en desagravio de la pérfida hazaña judaica. Una de estas cofradías radicaba en la iglesia de San Luis, otra en la parroquia de San Sebastián, con título del Santo Cristo de la Fe, y otra en San Millán, con título del Santo Cristo de las Injurias. La novedad de las procesiones nocturnas y la devoción exaltada por el execrable crimen de los judíos, amén del incentivo de mezclarse hombres y mujeres en la bulla que se formaba para ver las procesiones, todo

Biblioteca Nacional de España

contribuyó al éxito de las nuevas cofradías. Era tanta la cera que estas procesiones derrochaba, que llegó a faltar para las tradicionales que se celebraban de día. Motivos sobrados eran éstos para que las cofradías antiguas se picaran y viesen la manera de suprimir a tales competidores. Añadíase que entre las mismas cofradías del Cristo de la Fe y del Cristo de las Injurias nacieron rivalidades, y se promovieron escándalos por pretender la de San Millán salir sola, sin la competencia de la de San Sebastián. Los cofrades antiguos de Santa Elena, la Pasión, la Vera-Cruz y los Dolores acudieron en son de queja a las Autoridades, exponiendo que, siendo sus procesiones las que veían los reyes desde sus ventanas y las que tenían fama antigua entre todos los extranjeros que había en la Corte, era intolerable permitir el menoscabo de luces y la decadencia de solemnidad que se notaba en ellas desde que comenzaron las procesiones nocturnas. Tantos motivos juntos obligaron a los alcaldes de Corte a prohibir las procesiones de noche. El año 1638 fué la primera vez que estas cofradías salieron el Viernes por la mañana, «de día claro». La carrera procesional de la cofradía del Cristo de las Injurias era esta: Desde San Millán a la plaza Mayor, Puerta de Guadalajara, calle Mayor, Puerta del Sol, Red de San Luis a la calle de las Infantas, «al sitio donde sucedió el desacato a la Santa Imagen», y de allí, por el Caballero de Gracia, a la calle de Alcalá, Puerta del Sol, calle Carretas, a San Millán.

Como el año 1639 comenzaron las obras del convento en el sitio del sacrilegio, estas procesiones dejaron de salir en años sucesivos.

A las seis de la mañana, como hemos dicho, el Colegio de Atocha, así vulgarmente llamado, daba salida a la cofradía de Nuestra Señora de los Siete Dolores. Esta cofradía estaba confederada con varios gremios para que acompañasen algún paso procesional, al que sacaban a su costa. He aquí los elementos que integraban la procesión:

Biblioteca Nacional de España

El gremio de Zapateros de Viejo, cuyos talleres estaban bajo unos soportales de la plaza Mayor, sacaban el paso del Señor con la Cruz a cuestas. Esta devoción se inició hacia 1659. Durante dieciocho años, el gremio gastó unos 500 ducados anuales en el aderezo y alumbrado de dicho paso, y todo resultaba deslucido por la informalidad de los esportilleros alquilones que conducían la sagrada efigie. Por eso, el 1677 obtuvieron del Consejo permiso para que fuesen sacerdotes los que llevaran el paso del Señor, como acostumbraban otras cofradías.

El gremio de Esparteros, establecido tras la parroquia de Santa Cruz, donde aún perdura la calle *Esparteros*, salía con el paso del Descendimiento y, además, los oficiales de este gremio eran los encargados de llevar el guión, y los maestros el estandarte de la Cofradía organizadora, con quien tenían otorgada escritura de hermandad.

El gremio de Vidrieros sacaba el Santo Sepulcro, al que iban todos acompañando con hachas encendidas.

Por último, el gremio de Pintores escoltaba el paso de la Virgen de los Siete Dolores. Sabido es el pleito que esta Corporación sostuvo ante el Consejo de Castilla, para ser excluída del artesanado y elevada a la categoría superior de Bellas Artes. Pero, aun resuelto el litigio, los profesores de la Pintura fueron obligados a continuar saliendo en la comitiva religiosa de los Siete Dolores. Mas el malestar que a los pintores les causaba ser equiparados a los artesanos y oficios serviles, produjo constantes altercados en el nombramiento de mayordomo para sacar el paso de la santa Imagen, llegando a veces la discusión hasta negar la licitud del pacto entre la Cofradía y el gremio de Pintores.

También hubo año que, sin razón, se quiso obligar a salir en esta procesión a los Curtidores, los cuales apelaron diciendo que ellos «no son cofrades de la Cofradía de Nuestra Señora de los Dolores, ni han firmado ni hecho obligación alguna de acompañar el paso, ni han salido en la dicha procesión; y si

Biblioteca Nacional de España

algunos han salido, ha sido en la procesión que sale el Jueves Santo, de la Pasión, y ha sido voluntariamente y por devoción».

Celebrado en las primeras horas de la mañana este religioso desfile, salía al mediodía otro formado por el gremio de Carpinteros, que conducían el paso de Nuestra Señora de la Huída a Egipto. Doy por probable que estos gremios formaban en la procesión organizada por la Cofradía de Nuestra Señora de la Salud y Niños Expósitos, que radicaba en la iglesia de la Inclusa, sita en la manzana comprendida entre Preciados, Sol y Carmen. El año 1642 se dió un conato de querer salir en esta procesión sin túnicas, con capa y espada, cosa que alarmó a la Cofradía y atrajo la orden del Consejo contra los audaces innovadores. Concurría también con los Carpinteros otro gremio de la construcción, el de los Albañiles. Por cierto que el año 1657, el público que se estacionaba delante de Palacio vió con ingenuo regocijo que «pasando el Viernes Santo la procesión por delante de Palacio, y soltando del paso de la Huída de Egipto muchas aves de una nube artificiosa que llevaba, una paloma blanca se fué derecha a la ventana donde estaba la Infanta y se asentó sobre su cabeza y se dejó coger, y otra en el sombrero del Rey, y también la apresaron, y Su Majestad mandó las diesen a las dos libertad». El episodio lo anotó en sus *Avisos* Jerónimo de Barrionuevo, quien añade con igual ingenuidad: «Buen agüero». No lo fué tan bueno para unos aristócratas mal educados, que siempre los ha habido, que «iban en un coche el Viernes Santo... y quisieron romper la procesión por donde iban los albañiles con el paso de la Huída a Egipto, y diéronles tantas pedradas que, si no escapan por pies, no quedara ninguno de ellos a vida, llevándose hacia allá cada uno a buena cuenta cuatro o cinco guijarrazos, y como iban con túnicas, no conocieron a ninguno».

Algo más edificante cuenta el mismo Avisista que sucedió al año siguiente: «El Viernes Santo, junto a la Encarnación, pasando la procesión y paso de la Huída de Egipto, ladeándose un poco, se llegó a él un mozo a ayudar a que no se cayese; y echándole de allí, dijo que quería ser cristiano, y en señal de

Biblioteca Nacional de España

que lo era de corazón, se cortó la guedeja del pelo que traen en medio de la cabeza y la echó a los pies de la Madre de Dios, y fué desde allí adelante ayudando a llevar el paso».

Casos tan edificantes como el de este pobre mozo contrarrestaban los desedificantes actos que allí mismo, en la Encarnación, daban cada año los pajes de los señores que iban alumbrando en las procesiones, pues al entrar en dicha iglesia y la de las Descalzas, se agarraban con los monaguillos, de suerte que la autoridad tuvo que prohibir entrasen los tales pajes en ambas iglesias, para evitar tamaños escándalos.

En evitación de encuentros entre dos Cofradías en la vía pública, se mandó que esta procesión de los Carpinteros pasase por la Puerta del Sol y calle de Carretas antes de las tres de la tarde, hora en que salía de la Victoria la más famosa de las procesiones de Semana Santa, la de Nuestra Señora de la Soledad.

Esta Cofradía databa de 1567, y fué restaurada con título de *Esclavitud de Nuestra Señora* el año 1619. Ingresaron en esta Esclavitud o Hermandad muchos funcionarios de las oficinas más importantes de los Consejos y «los mancebos principales de esta Corte», al decir de León Pinelo. Esta era, por así decirlo, la procesión de la burocracia y de la gente rica, como las otras eran de los artesanos.

Nos resta saber cómo iban vestidos los cofrades que nutrían las procesiones. Los documentos dejan adivinar que estos actos religiosos fueron en el siglo XVII y sus aledaños un acontecimiento que conmovía la vida tranquila de nuestras ciudades. Una docta pluma académica ha trazado el pintoresco cuadro de este espectáculo, dejando todavía margen a la curiosidad de la investigación.

Empezaremos por donde en aquellos días empezaban tales actos: por el pregón que mandaba echar en Madrid cada Cuaresma la Sala de Alcaldes, para prevenir abusos y relajaciones de la devoción popular. Decía así el bando: «Que ningunas personas, de cualquier estado, condición y calidad que sean,

Biblioteca Nacional de España

que salieren en penitencia esta Cuaresma y Semana Santa y en las procesiones de ella, no puedan llevar ni lleven las túnicas almidonadas, ni acolchadas, ni con ningún género de invención; sino que las hayan de llevar y lleven lisas y llanas; y ansí mismo no lleven zapatos ni guantes blancos, cintas ni rosarios de invención, ni pañizuelos guarnecidos colgando de la cinta, cruces de invención, ni en otra forma. Y los que llevaren cruces acuestas y alumbraren, vayan de la misma forma, so pena de perdimiento de las túnicas y demás cosas que llevaren puestas y de diez ducados para pobres y gastos de justicia y denunciador y diez días de cárcel. Y los que hicieren las dichas túnicas, dieren, o prestaren, o alquilaren, siendo de la forma referida, caigan e incurran en la misma pena».

Las precauciones tomadas por las Autoridades dejan ver la efervescencia que en aquella sociedad producía el deseo de notoriedad en las procesiones. Aun observado fielmente el bando, vamos a ver cómo se vestían y aderezaban los cofrades.

Dividíanse éstos en dos categorías: cofrades de luz y cofrades de sangre. Los primeros eran los que, como actualmente, formaban la procesión, con hachas de cera en la mano; los segundos eran los penitentes, disciplinantes por lo general, o cargados con pesadas cruces no muy raramente. Cuando figuraban éstos, la procesión se llamaba «de disciplina», o «de sangre».

Una vez anunciado el acto por los mayordomos de alguna Cofradía, empezaba el revuelo de los preparativos y de los gastos, nada a que las Autoridades ponían tasa, o procuraban ponerla. Las túnicas estaban tasadas en Madrid a diez reales de alquiler las blancas, y a cuatro las negras, y las disciplinas a dos reales; pero estas prescripciones no se observaban sino en las procesiones generales y solemnes comitivas; aparte de éstas, existían los disciplinantes particulares, que organizaban sus cortejos por su cuenta y riesgo; y éstos salían ataviados, hasta el extremo de adornar las disciplinas con lazos de seda de colores; y en divisando un Alcalde, echaban a correr para

Biblioteca Nacional de España

esquivar las sanciones del bando. He aquí una viva pintura de estos casos:

«Señor, aquel que se inclina
A azotar, gasta cabales
En la túnica cien reales,
Cincuenta en la diciplina,
Dos y medio en capirote,
Cinco de abrojos después,
Y de colonia otros tres
Para atar en el azote;
Luego busca dos menguados,
Que al azotado primero
Alumbran por su dinero,
Y ellos son los azotados;
Y luego de más a más
Para que sean testigos,
Busca parientes y amigos
Que vayan todos detrás;
Y cuando él va con trabajo
De irse las carnes abriendo,
Enseñándole y diciendo
Más arriba y más abajo,
Y luego «guarda el Alcalde»,
Aquí fué, por allá va.»

El capirote que aquí menciona Francisco de Rojas tenía forma de rábano gigantesco, al decir de Luis de Benavente; por lo visto, es el mismo que hoy usan los cofrades en innumerables lugares de España. «Capirote de penitente» le llama el célebre escritor ascético, Alonso Rodríguez; servía para disimular completamente la persona, cubriéndole el rostro, como dice el mismo Benavente, y dejándole sólo dos ojos ribeteados, que se hallan anotados en la novela de Vicente Espinel. Pero, ¡ay! que había telas transparentes para satisfacer la vanidad de algunos. La observación es de Lope:

«Más vana que un penitente
De túnica transparente.»

Biblioteca Nacional de España

Se ha hablado mucho de que los disciplinazos eran al aire, y algo de esto habría cuando Salas Barbadillo puso a uno de este epitafio:

«Fuí airoso disciplinante
Y tanto al aire quería,
Que aún buscando airoso el día
El me mató, caminante.
Yo con aire me pegaba,
Con aire el aire me dió;
Si bien me azotaba yo,
Más el aire me azotaba.»

BIBLIOTECA NACIONAL

Mas, en general, abundan los testimonios de que la azotaina era brutal. Leamos un cuento de la «Floresta Española»:

«Azotábase un labrador por las calles públicas; y pareciéndole a un curioso que caminaba despacio, se le llegó diciendo: Camina, pobre hombre; y saldrás presto de aqueste afán. A lo que respondió: Quando te azotes tú, andarás a tu modo, que ahora quiero yo ir al mío.»

De lo que tampoco hay duda, porque lo dicen innumerables autores contemporáneos, es de la falta de espíritu que inficionaba estas manifestaciones piadosas. Baste trasladar la descripción que Salas Barbadillo hace del ardid con que un caballero vanidoso —*el Caballero Puntual*— salió la noche del Jueves Santo, entre diez y once, a visitar las estaciones. «Salieron doce, de seis en seis; las hachas, negras; los guantes y puños, muy blancos; las túnicas, largas; los talles, armados; los rosarios, de cocos; el brío, español; la vanidad, despierta, y la devoción, dormida. Seguíalos nuestro Puntual con una cruz que parecía que su peso pudiera rendir las fuerzas de un gigante, y era el artificio tal con que estaba hecha, que un rosario que llevaba al cuello pienso yo que le daba mayor fatiga (tan leve penitencia fué la que cargó a sus hombros)».

El tema de la vanidad de estos penitentes y sus curiosas facetas es de los que no pueden agotarse en un artículo. Sirva para cerrar el presente la metáfora del clavel usada por Salvador Jacinto, el poeta de Murcia:

Biblioteca Nacional de España

«Vino un clavel salpicado
De sangre o rubí; será
Del prado disciplinante,
No sé si por vanidad.»

Con razón hacía una experimentada autoridad de Madrid las siguientes advertencias a los Alcaldes de Casa y Corte:

«Su Majestad sale el Jueves Santo a andar las estaciones a las nueve de la noche en punto...; y en empezando a encender las hachas de los pajes del Rey, mande matar las suyas (el Alcalde), y sus ministros y pajes siguen las del Rey y de todo el acompañamiento.»

«Su Majestad no suele gustar de topar en el camino ni en las iglesias, disciplinantes con ostentación y trajes indecentes; y para evitarlo, el Alcalde da orden a un alguacil que con el escribano de la Sala se adelante sin concurrir con la guarda, y lo prevengan, advirtiendo a los disciplinantes es orden de Su Majestad, y por si no lo obedecieren, procurar conocerlos o algunos de los que los acompañan, que siempre llevan séquito, y con esto después se multan por la Sala.»

Solos o acompañados, los disciplinantes eran una calamidad. Cerraremos este cuadro con las noticias que un curioso jesuíta da a otro de lo que sucedió en Madrid la Semana Santa de 1635:

«Va de nuevas, y sea la primera que estos días de Semana Santa han andado los penitentes de cruz algo traviesos, porque estando en las Descalzas, sobre si la procesión había de ir por una calle o había de ir por otra, desenvainaron las hachas, y hubo tanto de hachazo, que no quedó ninguna de provecho, y ya volaban tejas por las cabezas. Llegó a ponerlos en paz el Alcalde Quiñones; teme o no, salió de la fiesta tan descansado como entró, porque todo andaba muy revuelto y no se tenía a nadie respeto. Lo mismo sucedió en otra parte a otro Alcalde. Tienen presos más de trescientos de los oficios que iban allí; su dinero les costará, y algunos llevarán a castillos,

Biblioteca Nacional de España

ya que no se quisieron disciplinar, para que otra vez tengan juicio.»

Al atardecer del Viernes Santo se encerraban estas procesiones de penitencia. Pero no terminaban aún las manifestaciones propias de Semana Santa. Pocas horas después comenzaban las alegrías de la Resurrección.

Desde el año 1570 comenzó a celebrarse en Madrid una solemne procesión de madrugada el Domingo de Pascua, la cual fué con el tiempo evolucionando y modificándose, todo lo cual sabemos por el siguiente pasaje de los Anales manuscritos de León Pinelo:

«Empezó este año la procesión de la Resurrección del Señor en el convento de la Victoria el Domingo de Pascua, antes de amanecer, por la Cofradía de la Soledad. Al principio salía la imagen de Nuestra Señora, vestida de blanco y ricamente adornada, y sobre todo un manto negro. Por otra parte, el Santísimo Sacramento, acompañado de muchas luces, señores y cofrades, y todos los religiosos con albas, estolas y collares de oro y piedras, que, como era de noche, lucían mucho. Al encontrarse las dos procesiones en la Puerta del Sol, que entonces lo era con verdad, descubrían la santa imagen y volvían ambas al convento, donde se predicaba un sermón que llamaban «de gracias», porque permitía algunos donaires lícitos. Después, sale la procesión de Nuestra Señora de la iglesia de la Inclusa, que es de la Cofradía, y la del Santísimo, del convento, y en ella los religiosos en su hábito ordinario; y a imitación de ésta hay otras procesiones semejantes este día.»

A estos actos religiosos seguían otros semiprofanos, que eran las comparsas formadas por los gremios de artesanos o por las Cofradías religiosas, de las cuales vamos a leer, para muestra, dos curiosos documentos. Dice así el primero: «Pedro Vicente, sombrerero, digo que por honra de la Santa Pascua de Resurrección primera que verná, y servicio de Nuestro Señor, y para solemnizar su fiesta, yo y otras personas del dicho oficio tenemos tratado de hacer una soiza, para acompañar la

Biblioteca Nacional de España

procesión que se ha de hacer en la parroquia de San Martín; para cuyo efecto, yo y las demás personas que fueren en mi compañía, como capitán de ella, tenemos necesidad de llevar coletos de ante, arcabuces, pólvora y otras armas, para el adorno de ella, ansí el dicho día como otros dos antes para el ensayo y bisperas de la dicha fiesta; y nos tememos que los alguaciles de esta Corte y Villa y otros ministros de justicia nos han de molestar. A V. A. suplico mande se nos dé licencia para el dicho efecto y que en los dichos tres días de Pascua sobre ello no nos molesten».

Se les concedió a los sombrereros el deseado permiso (a 26 de marzo de 1619), y ya podemos imaginar cómo saldrían marciales y pavorosos con tal acopio de armas y de pólvora.

Al año siguiente formaron otra suiza ciertos cofrades, que dirigieron su instancia al presidente del Consejo, el Arzobispo de Burgos, domiciliado en la parroquia de San Martín. Dicen así:

«Los cofrades del Santísimo Sacramento, de esta parroquia de San Martín, parroquia de V. Ilma., dicen que ellos tienen una soiza de soldados para alegrar la fiesta de la Santa Resurrección del Señor este año; y para el adorno de ella es necesario que los soldados traigan coletos y arcabuces este día; y el segundo día de Pascua quieren ir de gala, sin arcabuces y con coletos a Nuestra Señora de Atocha. Suplican a V. S. Ilma. les haga merced de mandar su licencia para que sin pena alguna puedan soltar arcabuces y traer coletos; que es servicio de Nuestro Señor.»

Esta era la Semana Santa en Madrid en los siglos de más Fe y mayor piedad de nuestra Historia, vulgarmente conocida. Los documentos hablan. Yo me confirmo, tras cada página de la Historia que reconstruyo, en que la Religión cada día en España gana en intensidad y depuración lo que pierde en extensión y popularidad.

MIGUEL HERRERO GARCIA

Biblioteca Nacional de España

Atalaya del Weltgeist

Biblioteca Nacional de España

Actitudes de la Juventud Francesa

Solidaridad y Constructivismo

Biblioteca Nacional de España

Actitudes de la Juventud Francesa

Sin duda sería mejor hablar de juventudes francesas, ya que resulta que los diversos movimientos de los jóvenes intelectuales, sociales o políticos, se oponen entre sí y desarrollan su actividad en plano diferente.

Y el mismo espectáculo de su diversidad podría producir escepticismo sobre las posibilidades de renovación y enderezamiento que presenta una tan grave multiplicidad de fuerzas.

Bajo el punto político, por ejemplo, he aquí las Juventudes Patriotas, las Juventudes de Acción Francesa, los Voluntarios Nacionales, La Solidaridad Francesa, la Juventud del Frente Nacional, a la derecha; los Jóvenes Guardias Comunistas y Socialistas y la Juventud del Frente Común, a la izquierda, y todos estos movimientos buscan su camino y sus masas en direcciones singularmente divergentes. A veces buscan en la variedad de color de su uniforme un modo de distinguirse mejor.

También el choque eventual de sus entusiasmos contrarios puede producir alguna angustia en el alma de los que piensan en el porvenir del país.

Quizás parece en el fondo que, bajo el punto de vista político, se señala lo que más divide a los jóvenes de Francia, lo mismo que a los otros países: y, sin duda, es más eficaz buscar en otro lugar los rasgos exactos de esos grandes entusiasmos, de esas actitudes, por medio de los cuales se expresa el profundo trabajo de los espíritus, de las almas y de los corazones.

Biblioteca Nacional de España

Esta será, pues, nuestra preocupación de hoy. Queríamos, en efecto, detenernos a considerar los esfuerzos de construcción doctrinal y de reagrupación moral y social de aquellos a quienes, ante todo, preocupa el cultivo de las ideas y la restauración de las almas.

De ningún modo queremos ignorar las resonancias lejanas, o muy próximas, de estos esfuerzos bajo un punto de vista político, que sus autores querrían evitar; mas creemos que colocándonos de este modo, precisamos mejor y más útilmente las grandes perspectivas actuales de nuestro verdadero destino. Pues por encima de su diversidad, por encima de sus luchas, este destino está agitado a menudo por inquietudes parecidas, y se expresa a veces por los mismos combates y con la misma negación del valor de un edificio social, cuyos mismos defensores oficiales parecen haber perdido gran parte de su confianza.

Y vemos jóvenes, con esa generosidad de pensamiento y de sentimiento propia de su edad, buscar con apasionamiento la verdad, aun cuando las confusiones de sus estudios parecen singularmente contradictorias, con apasionamiento y con desprendimiento absoluto de todo lo que sería convencional o ficticio en la elaboración de una doctrina, de una regla de vida. Pues hay en muchas almas esa amargura que procede de la miseria y de la desilusión, que han dejado al unirse los falsos dogmas económicos y sociales sobre los cuales estaba fundada toda una civilización.

Y este sufrimiento que ha despegado a las inteligencias de todo aquello que no se revela como esencial, empuja a un mismo deseo de restauración fundamental, sin la cual llegaría la ruina definitiva.

En cuanto a nosotros, bien sabemos que esta incertidumbre profunda y a veces dramática procede de que ya no es Dios el dueño de un Mundo, que tan sólo puede salvarse mediante la luz de su fe.

Mas no anticipemos nada de nuestras conclusiones antes de mirar alrededor de nosotros.

* * *

Biblioteca Nacional de España

Ciertamente, toda la juventud intelectual de hoy día está presa de una profunda angustia, y es esta angustia la que manda y explica todas las actividades de su pensamiento. El porvenir, que a esta edad sería lógico contemplar con optimismo, no tiene para ella nada que la entusiasme ni aun que la tranquilice. La mayoría de los jóvenes acaban sus estudios en la más completa inseguridad de lo que será el mañana para ellos.

Tienen la firme seguridad de que no solamente no hay lugar para ellos en la sociedad presente, sino que esta misma sociedad está organizada contra ellos, y que en el futuro cataclismo, hacia el que la sociedad va por su carrera escandalosa de armamentos, hará de ellos las primeras víctimas. El porvenir, pues, se les presenta como una guerra universal.

Compréndese que una tal perspectiva descorazone y desanime a la mayoría. Se sienten preocupados y abrumados por la crueldad de este estado de cosas y por la inmensidad del problema que supone. Se resignan a la fuerza con gesto de indiferencia, palabras de decepción, y de desesperación, a veces, a la suerte trágica que piensan que les espera.

Pero hay un pequeño número cuyo pensamiento no ha capitulado. Estos son, por lo general, los más inteligentes y los más activos. Desconfiando de todas las enseñanzas recibidas, se reúnen en pequeños círculos de estudios, en los que se afirma con una seguridad extraordinaria la voluntad de dejar quieta libremente y a despecho de todos los prejuicios, y, *sobre todo, de todos los intereses* que obsesionaban a sus mayores, una cuestión que es para ellos y para toda su generación cuestión de vida o muerte.

Este estado de cosas inhumanas, repleto para el porvenir de las más monstruosas amenazas, es rehusado por estos jóvenes con todo el ardor que emana de su deseo de vivir. Se oponen a él radicalmente, no acertando siquiera el considerarlo como un orden establecido, sino teniéndole, por el contrario, como un desorden establecido, en el que habrá, cueste lo que cueste, si quieren vivir y realizar su fin, que instaurar un orden nuevo.

Están seguros, en efecto, de que la agravación de la miseria

Biblioteca Nacional de España

y del paro forzoso, lo mismo que la vuelta a la guerra, no podrán ser evitados sino mediante el profundo cambio de la economía del mundo entero. Aspiran así a un trastrueque completo de todo el orden social, buscando un principio director de la vida económica, que no sea el único principio actualmente dominante según ellos: el de la fecundidad ilimitada del dinero. También casi todos son enemigos de la legalidad del préstamo con interés.

Y es, por lo menos, interesante ver así, en los medios de juventud más extraños al catolicismo, revivir sobre este tema candente, las graves querellas teológicas de los siglos XIV, XV, XVI, XVII y XVIII. El triunfo de los teólogos partidarios del préstamo con interés, después de la encíclica «Vix Pervenit», hasta nuestros días, les parece el mayor pecado del catolicismo. Es a sus ojos una traición por la cual los católicos han incurrido en una pesada responsabilidad en el catastrófico estado actual del mundo, no habiendo puesto de ese modo ningún dique a las ambiciones del puritanismo protestante.

Lo que reprochan, en efecto, del modo más violento a esta sociedad que destroza sus carreras y en la que, digámoslo una vez más, no hay sitio para ellos, es su plutocracia, el gusto de producción anárquica y el materialismo desmoralizador que se sigue, en una palabra, la supremacía opresora y mortífera de la máquina y del dinero.

Contra este orden inhumano, toda la juventud intelectual de hoy en día quiere, de común acuerdo (con tan sólo algunas modalidades de intención y de métodos distintos de un grupo a otro), una revolución. No es que ella entienda por tal cualquier subversión sangrienta, como esa palabra acostumbra a hacer evocar. No quiere una revolución subversiva, sino, según dicen, una revolución constructiva. No reclama más que una vuelta a nuevos puntos de partida, una restauración del orden económico bajo nuevas bases. Y para usar sus propias expresiones, quiere una revolución que, volviendo a colocar los valores espirituales en el primer plano, asegurarían materialmente la existencia y el libre cumplimiento de los fines de la

Biblioteca Nacional de España

personalidad humana. Es lo que ella llama su *personalismo* y, desde este punto de vista, como desde todos los que acaban de ser enumerados, su unanimidad es tan absoluta como impresionante.

* * *

Veamos ahora un poco cómo la juventud se organiza y se reúne. Entre estas agrupaciones hay algunas de fundación antigua, unidas por los viejos partidos políticos a su formación de combate, para, mediante ellas, asegurarse el porvenir.

Podríamos citar entre éstas, las Secciones de Jóvenes de la Liga de Acción Francesa, los Círculos de Estudios de las Juventudes Patriotas, los Jóvenes Radicales, que tienen por órgano *Notre Temps*; los Jóvenes Socialistas, cuyo órgano es *L'Appel*; las Juventudes Comunistas o Filocomunistas, y, por fin, los grupos anarquistas.

Podríamos citar igualmente agrupaciones de inspiración más confesional, como los Voluntarios de la Paz y el Partido de la Joven República, las Secciones de Juventud del Partido Demócrata Popular, con dos espíritus eminentes a su cabeza: Jorge Hourdin y Jorge Bidault; el Sillón Católico, los Compañeros de San Francisco, los Voluntarios del Papa y los Equipos Sociales.

Mas no es entre estas entidades en las que hay que buscar los hogares más activos desde el punto de vista intelectual: están demasiado mezcladas en la lucha política que les inspira, para poseer una plena independencia creadora de doctrina.

Esta fuerza, cuyo influencia sufren, hay que buscarla en otras agrupaciones: las de intelectuales auténticos, las cuales, fundadas por jóvenes, son, por lo general, autónomas, y en ellas se concentran todo el ardor de investigación y todo el verdadero pensamiento de nuestra generación.

Tanto más cuanto que estos últimos grupos, a diferencia de los precedentes, presentan un rasgo particular, al pretender situarse en un plan internacional, o al menos supranacional.

BIBLIOTECA NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

Todos los jóvenes de Europa y del mundo entero sienten, en efecto, que sobre ellos pesan las mismas amenazas, y, habiendo de oponerse a principios comunes admitidos por sus mayores, mantiénense, mediante intercambios de ideas, en permanente relación.

Ya que sus padres no llegaron a entenderse, es preciso que ellos se entiendan.

* * *

Citar a todos y precisar su valor ideológico sería una tarea muy superior a los límites de este estudio. Por tanto, intentaremos, ante todo, esbozar algunos de ellos.

En la extrema derecha hallamos primeramente los grupos Latinidad y Reacción, de los que ha sido largo tiempo órgano común la *Revue du Siècle*, expresión del pensamiento de algunos escritores, entre los que sobresale Thierry-Maulnier, cuya obra reciente sobre Nietzsche hace época en la historia del nietzscheísmo francés (1).

También en la derecha se encuentra el grupo Maritain, compuesto de todos los discípulos del ilustre autor de *Anti-Moderne*, en su mayoría habituales y asiduos de los retiros tomistas de Meudon o residencia Jacques Maritain.

Desde un punto de vista más independiente aún de la política, descubrimos tres asociaciones intelectuales de neta inspiración católica.

En primer lugar, el Círculo de Estudios de la Asociación Católica de la Juventud Francesa, que singularmente se preocupa de dar a la actividad juvenil un mayor esplendor sobre una base doctrinal absolutamente indiscutible, manifestado sucesivamente en los brillantes congresos de Lyon, Nancy, etc.

---

(1) La *Revue du Siècle* ha desaparecido, y los elementos fundamentalmente católicos de este movimiento, rompiendo definitivamente con la *Action Française*, han fundado, bajo la inspiración de Jean de Fabregues, la revista *Le XX Siècle*.

Biblioteca Nacional de España

De otro lado, en la enseñanza superior se ha organizado una agrupación de jóvenes católicos, aspirantes a los más elevados puestos de la Universidad, que redactan una revista de hermosa presentación, *Chantiers*. Quieren inspirarse en las enseñanzas de la encíclica *Quadragesimo Anno*, y se preocupan, sobre todo, de lo que atañe a la adquisición de una integral cultura católica, a despecho de los obstáculos creados por los programas oficiales.

Existe también la Sociedad de San Luis, cuyas normas son tratadas por un Círculo de Estudios, que redacta una revista mensual. Esta reciente Sociedad, fundada en París hace cuatro años, y que comienza a esparcir núcleos por provincias, está formada por jóvenes cristianos casados, que buscan, bajo la protección de San Luis, a quien han elegido como modelo, la perfección en el matrimonio, por un esfuerzo de santificación mutua y de formación espiritual de sus hijos.

Todas estas iniciativas tienden, esencialmente, a la reconstrucción en Francia de un orden de moral cristiana.

Con la «Tercera Fuerza» entramos dentro de los grupos en los que se mezclan católicos y no católicos.

Colocándose en el terreno político y considerando que en él luchan dos grandes fuerzas, por un lado el capitalismo y por otro el marxismo, este grupo se ha, ambiciosamente, titulado la Tercera Fuerza.

Ha publicado recientemente su programa, que es una especie de decálogo o plan quinquenal, y que preconiza un sindicalismo de Estado asaz inquietante; mas esta Tercera Fuerza se opone mucho menos al marxismo que al capitalismo, y su fusión con el Frente Común de Bergery, de inspiración netamente socialista, está en la línea aberrante de su movimiento.

Los grupos Hic y Nunc, de los que es órgano principal *Demain*, están exclusivamente compuestos de protestantes y dirigidos por jóvenes pastores, casi todos ellos discípulos del teólogo protestante Barth.

El espíritu profundamente pesimista, y aun apocalíptico, de este último, que se enlaza con las tendencias del autor del *Tra-*

Biblioteca Nacional de España

tado de la Desesperación, el famoso filósofo danés Kirkegaard, es el que parece inspirar más singularmente los medios protestantes.

El grupo La Revolución Constructiva es un grupo no confesional, y más bien desconfiando del catolicismo francés, y se liga especialmente a Proudhon. Este grupo está visiblemente influenciado por el de El Orden Nuevo, del que habremos de ocuparnos más extensamente; mas se distingue de él por su preocupación política y su ausencia real de toda investigación metafísica o espiritual.

De los grupos que forman los jóvenes radicales y los jóvenes socialistas franceses no podemos decir gran cosa; por otra parte, su vida intelectual no interesa, y su preocupación fundamentalmente política da a sus manifestaciones un psitacismo que les atrae el desprecio de la juventud intelectual.

Y esto, a pesar de los esfuerzos de Marcelo Déat, un jefe joven de talento que no consigue que los jóvenes estudiosos ingresen en el socialismo ortodoxo.

Para clausurar este rápido examen de ciertas Sociedades que atraen actualmente las preocupaciones doctrinales de la juventud en Francia, citaremos, de pasada, los grupos Fuera y Gran Juego, netamente anarquistas, comúnmente tenidos al margen.

En un próximo comunicado damos cuenta de otros movimientos intelectuales de jóvenes, cuya brillantez y pujanza merecen especial atención.

SEBASTIEN BIJON y J. PLAQUEVENT

París, marzo 1935.

Biblioteca Nacional de España

Solidaridad y Constructivismo

Este es el lema que informa a las Asociaciones de Estudiantes. Organizadas en régimen autónomo, están, sin embargo, sujetas a los estatutos y a las autoridades de la institución a que pertenecen. Son como un Estado dentro de otro Estado. Son un verdadero laboratorio de civismo, donde se estudian constantemente problemas de actualidad y donde se troquelan la capacidad y la formación de las estudiantes para enfrentarse con la vida postescolar.

A diferencia de nuestras *federaciones*, son privadas —cada Centro de enseñanza tiene su Asociación—. Esto les permite fomentar en los individuos que la integran una filosofía del grupo, que actúa como disolvente de personalismos y rebeldías. Esta filosofía es lo que se conoce con el nombre de *College Spirit*. El *College Spirit* da a la masa estudiantil valentía en la iniciativa e ímpetu para la ejecución. Gracias a ese *espíritu*, el *College* no es un conjunto de residencias, laboratorios, clases, campos de recreo y centros de reunión. Es una fuerza moral, un espíritu, una filosofía de la vida, una escuela de civismo donde se da un aprendizaje constante de hábitos de conducta ciudadana. El espíritu de ciudadanía que inspira la vida escolar exige lealtad a los principios sociales y a las personas, dominio de sí mismo —el *self control* de los ingleses—, respeto a las ideas y a los derechos de los demás y espíritu de cooperación. Y éste no ha de ser practicado con miras egoístas; no

Biblioteca Nacional de España

por el bien que, en retorno, pueda reportarnos la ayuda que prestemos a otros, sino como norma de conducta, como actitud frente a la sociedad en que vivimos, como táctica infalible para conseguir el robustecimiento de las instituciones político-sociales.

En esto, el Dr. Bowden, del *State Teachers College*, de Nuevo Méjico, llega a una forma de cooperación, que nosotros consideraríamos inadmisible. Quiere deshumanizar el espíritu de solidaridad que rige la vida norteamericana, exigiendo una *cooperación fría*. Pide a la masa estudiantil una *actitud de orquesta*, una *actitud de coro* perfectamente ensayado para todas aquellas actividades que caen dentro de la vida académica. Según el profesor Bowden, actúan constantemente sobre nosotros fuerzas demasiado potentes, que favorecen el desarrollo del individualismo. Esa *actitud de solista* es el estigma de las sociedades que no han podido alcanzar una personalidad moderna, y urge imponer a la juventud una ética de disciplina severa, que, contrarrestando ese individualismo *atávico*, nos forme *colectividades siglo XX*.

Esta *actitud de orquesta*, esta solidaridad fría, ni se puede obtener de nuestros pueblos ni es de desear. Una cooperación impersonal, objetiva, desprovista de todo rasgo emocional; una cooperación que no tenga un destello de simpatía hacia nosotros, nos ofendería como si fuera un insulto. Y en cuanto se refiere al régimen interno de un *College* norteamericano, este exagerado principio de solidaridad podrá darnos la sensación de que toda la masa estudiantil está bajo la influencia nefasta de la *actitud de coro*, que preconiza el Dr. Bowden; pero, a pesar de ello, hay en los elementos que integran toda comunidad escolar una urgencia de avance plena de emotividad y una cabal compenetración con la misión del *College* en la vida nacional.

Los caracteres ahormados en instituciones de este tipo, ofrecen un máximo de garantía para emprender cualquier obra de colectivismo. El ensayo más serio en empresas de esta naturaleza es, durante los años de vida escolar, dirigiendo o ayudando a las actividades de las Asociaciones de Estudiantes.

Biblioteca Nacional de España

En los cuatro cursos de escolaridad, todas las escolares son igualmente responsables del éxito o del fracaso de la Asociación. Durante ese período, la población escolar, sin excepciones, ha intervenido en su funcionamiento, según las preferencias y capacidad de cada una. Para los cargos de más responsabilidad se eligen, por votación pública, las estudiantes del último año que más se han destacado en los tres cursos precedentes. La elección de Presidente de estudiantes, Vicepresidente y Jefe de Justicia, recae siempre en personas que tienen un alto sentido de responsabilidad y que han demostrado talento organizador. Los otros miembros de la Junta directiva se eligen entre estudiantes de segundo y tercer cursos. El nombramiento es por un año escolar e improrrogable.

La función legislativa reside en la *Legislative Assembly*; la ejecutiva, en el *Executive Council*, y la judicial, en el *Court* o Tribunal de Justicia, a cuya cabeza figura la *Chief Justice*. El Comité legislativo entiende en los estatutos y la marcha de las Asociaciones políticas, sociales, literarias, religiosas, etc., que complementan la vida académica. Unas están en relación con las asignaturas de los diferentes departamentos o facultades y otras son independientes del plan de estudios. La modesta cuota de un dólar al año, da fondos para traer a sus reuniones conferenciantes de renombre y para hacer frente a los gastos de intercambio con asociaciones similares de otros centros culturales.

El *Executive Council* nombra el personal de los múltiples comités y departamentos en que se distribuye la parte económicoadministrativa de la Asociación. Estos cargos son, unos, retribuídos; otros, honoríficos.

El Jefe de Justicia, por delegación del Tribunal, sanciona las faltas de disciplina y los hechos punibles que ocurran en el transcurso del año académico. Tiene poderes para decidir la expulsión de una estudiante, y los acuerdos del Tribunal de Justicia no pueden ser revocados por las autoridades del *College*.

En algunos de estos *colegios* la Asociación de Estudiantes ejerce una función fiscalizadora en la vida académica y social

Biblioteca Nacional de España

de sus miembros, vigila la asistencia a clase y a capilla, se hace responsable del orden y del cumplimiento estricto de las reglas en todo lo concerniente a las *horas de silencio* o de estudio, de la observancia en las reglas de la biblioteca y en el uso de libros, teniendo en cuenta siempre el derecho de los demás, etc. Sin embargo, en la mayor parte de los *Colleges* del Este, cada día hay menos reglas y menos limitaciones a la libertad personal de la estudiante. Y las que aún se conservan se cumplen, por lo que se conoce con el nombre de *honor sistem*. Esta *palabra de honor* coloca a la alumna en una actitud de responsabilidad consigo misma, de cumplir estrictamente con todo aquello que, escrito o sobreentendido, constituye la norma de conducta.

Esto supone, desde luego, un nivel ético muy superior al que tiene nuestra población escolar. No trato aquí de la ética personal, sino de la ética social, colectiva, de grupo. Siendo como son las Asociaciones de Estudiantes en este país un poder moderador en la vida académica, son, a la vez, el estímulo constante para reformas y libertades que en nuestros pueblos parecerían anárquicas. Esta es, a mi entender, la gran conquista de la obra educadora de las instituciones norteamericanas. Conseguir un perfecto equilibrio entre los deberes y los derechos; un sentido de armonía entre un pasado conservador y un presente de renovación y cambio, y una flexibilidad unánime para aceptar todas aquellas reformas que impongan los tiempos, sin perder de vista la realidad del momento.

MARGARITA DE MAYO IZARRA

Vassar College, marzo 1935.

Biblioteca Nacional de España

Bibliotheca Nova

Biblioteca Nacional de España

Epos de los Destinos

Reconstrucción técnica

Biblioteca Nacional de España

Epos de los Destinos

por

EUGENIO D'ORS
de la Academia Española

El Vivir de Goya

(CONTINUACIÓN)

VII

La Madre

Se dice que doña Gracia Lucientes, madre de Goya, descendía de una antigua familia aragonesa, de condición, por lo menos, hidalga.

Lo sé por experiencia. Lo siento en mí. Algunas gotas de sangre ultramarina, mezcladas a una secular corriente de sangre pirenaica pueden volverla efervescente y torcer un poco la andadura. Goya, hijo del pueblo, ¿no emulsionó en su jugo unas venuelas de sangre patricia capaces de traer pequeñas quebraduras a la línea de su destino?

Me inquieta en curiosidades el recuerdo de la madre de Goya y siento saber de ella tan poco. Hace un instante, en esta cocina troglodítica, acaba de aparecerme, los brazos arremangados, amasando en la artesa las harinas apetitosas. Confieso que, minutos después, pensaba todavía en la madre, al

Biblioteca Nacional de España

imaginar la tunda que tal vez lanzó al niño a la calle, al campo, en un crepúsculo de invierno, para tirar y recibir pedradas. Pero, tal vez cometemos algún error al representarnos así a esta mujer. Algunos biógrafos suponen que su familia, aunque tronada, procedía de estirpe casi noble.

Un día, cuando era ya familiar de reyes, experimentó el pintor algunas veleidades de reivindicar sus títulos de nobleza. Como las rebuscas genealógicas tenían que llevarse a cabo en Aragón y Goya no podía aplicarse a su minucia, por demasiados fervores de temperamento y demasiadas lagunas en la instrucción, encargó a su amigo Martín Zapater que las realizara... Ignoramos el resultado de tales investigaciones. Lo que sabemos es que Goya se obstinó desde ese punto y hora en firmar «Francisco de Goya», con la partícula ostentada —a torcidas, por otra parte—, en guisa de blasón.

«Francisco de Goya.» Sea. No hablemos más. El poeta Juan Maragall, de Barcelona, escribió un día: «La voluntad de nobleza es ya, por sí misma, ennoblecedora».

Esto, el niño de siete años, que dejaba atrás, a la vez que a sus padres, a Fuendetodos, el pueblo, por Zaragoza, la ciudad, no lo sabía. No lo sabía; pero alguna cosa debía de presentirlo en él.

Lo presentía cuando, la víspera de partir, a la hora de la queda y en la gran soledad, con brazo vengador lanzaba una pedrada inútil al aire desnudo, a zaga del volar de los cuervos.

VIII

Oda a Zaragoza

A la edad de siete años, se fué Goya a vivir a Zaragoza, capital ilustre de Aragón.

Zaragoza es la novia del Viento, dormida en un alcázar cerca del río. ¿La raptará el Viento una noche? En su secreta esperanza de que así ocurra, Zaragoza no ha querido hundir raí-

Biblioteca Nacional de España

ces en la tierra. Sus casas, sus palacios, sus basílicas, tienen mucho de la manera de un campamento. Un ejército heroico acampó otrora aquí, a orillas de la corriente ancha y amarillenta, entre piedras y fango. Pasan los siglos, pasan más siglos aún. El campamento no ha volado. Se estremece, en ocasiones, se deshace, se derriba, mas permanece, interino e inmortal.

Casi cada noche el Gran Viento, visita, amante fiel, brutal y salvaje, a la bien amada. ¿Se llevará a Zaragoza? Apenas la ve, enloquecido por su beldad esquiva, cegado por las urgencias de la brutalidad, salta y rueda sobre la ciudad. ¡Qué de gritar, qué de aullar, qué de palabras entrecortadas y sordas! Si su rabia decae, es para de nuevo saltar, más áspera y sonora. Así el Gran Viento azota a Zaragoza por la noche, mientras dura la noche... Mas ya la blanca sábana de la aurora aparece, manchada de púrpura. A su pálido resplandor, la ciudad se diría agotada, muerta. Y ahora es el monstruo, no la amada, quien gime. ¡No se la lleva, no se la lleva!... Se aleja, solo y claudicante. Y, al tropezar con un árbol, en un recodo del camino, en la anchura de una estepa, deja todavía escapar un hipo, si no un sollozo.

Zaragoza es la novia del Viento... Aquí le trajeron a Goya, tan mozo. Tan mozo como era, lo vió todo, lo comprendió todo... Y no dijo nada. Para sus adentros, tomó partido; a menos que lo trajera ya tomado de Fuendetodós. Interinidad había sido, para él la aldea: la ciudad debía ser interinidad también. Antes de que el Viento se llevara a Zaragoza, era él, Goya, quien iba a partir, tomando las de Villadiego: a caballo de una caña de escoba, si era necesario, como las brujas que más tarde ha de dibujar su mano vasta e infalible... Interino, Fuendetodos; interina, Zaragoza; interinos, Madrid y Roma, y el mundo. La vida es sueño; los años, posadas. ¿Qué partido tomar, hombre ligero, hombre nómada, en este lugar apacible o moroso, donde «hoy estamos y mañana no?... «¡Soñemos, alma, soñemos!», responde Segismundo. «Dominemos, alma, dominemos!», responde su hermano Francisco de Goya.

Pero, esta segunda respuesta, mejor es para callada. Así

Biblioteca Nacional de España

el mozo, en Zaragoza, nada dice. Aprieta el entrecejo un poco más —en este pliegue que luego nosotros hemos vuelto a encontrar, a dos siglos de distancia, en el pequeño Lucientes—, suelta algún taco, alguna blasfemia, alguna puñada, alguna pedrada. Y, en su parda capa embozado, se va a pedirle trabajo a un canónigo.

IX

La jota

Entre 1753 y 1756, Goya llevó en Zaragoza una vida de mozo crúo.

Cierta noche, cuando nuestro viaje a Zaragoza, un grupo de mozos vino a darnos una serenata. No se tocaban con el pañuelo aragonés, sino con boina. Así parecían más ásperos aún, menos figurantes de zarzuela o máscaras de Carnaval regionalista. Mas ásperos, mas serios. ¿Quién les había encargado esta serenata? No sé. Tal vez la idea venía de ellos. Sea lo que quiera, dábanse a ello sin alegría, como a un acto ritual, más todavía que como a un deber.

Doy a veces en pensar que la jota aragonesa es la única creación esencial de la música popular española. Se ha exagerado mucho acerca de la riqueza y el carácter de ésta. Para hablar en plata y sin camelo, hay que traer la rebaja del tío Paco en punto al color local de esta música y a su antigüedad. De seguro, la tradición de la jota es harto reciente: no creo que se encuentre ningún documento a ello relativo antes del siglo XVIII. Advirtamos, de otra parte, que la tauromaquia, en la forma canónica con que ha llegado a nosotros y que la ha vuelto tan pintorescamente típica, resultar ser también una invención del Setecientos: sietecentista, la forma de la plaza; sietecentista la ordenación del festejo; sietecentistas los detalles y los instrumentos de las faenas; sietecentistas, la coleta del torero, la montera, el traje de luces. Las corridas de toros serán una institución española, si se quiere; pero más fielmente

Biblioteca Nacional de España

aún, un deporte barroco... Pese a la sorpresa de ingenuos, fanáticos del lugar común, al topar de narices en el «*Aufklaerung*», cuando creían habérselas con la Prehistoria.

De la Prehistoria, tenían en todo caso, mis cantores y músicos, la áspera gravedad. Y también la intrepidez bravucona, sin cura de imposibilidades físicas ni dificultades morales. Con una palabra, deshacían, aniquilaban, estos mozos «crúos», no sólo al enemigo que se les pusiera delante, sino a la misma naturaleza, gracias a una interior tensión, más temperamental que espiritual. Me acuerdo que uno de ellos, después de haberse quitado y vuelto a poner la boina, como si le supiese mal habérsela quitado, cantó una jota, cuya letra decía así:

España canta la jota,
Cante Aragón y más cante.
Si el mundo s'hunde, que s'hunda,
España siempre p'alante.

¿Cantó Goya la jota en su juventud? ¿Por la ciudad o por los arrabales, de noche con sus amigos, celebró, a voz o a guitarras a las chiquillas hermosas o a los personajes ilustres? No olvidemos, cualquiera que sea su valor, el sincronismo de esta trinidad considerada como típicamente española: Goya, la jota, la tauromaquia. Pensemos en ello cuando al analizar el alma y la obra del pintor, nos encontremos mezclados con los elementos rústicos, otros elementos apolíneos, conscientes, irónicos. Tan sutiles, que en ocasiones nos mueven a hablar aquí de malicia, y que traducen el cosmopolitismo, el sentido europeo, la civilidad —la Cultura—, las gracias y primores del siglo XVIII. Del siglo que es, según cierta definición, de paradójica apariencia, que a veces me he divertido en lanzar, el momento en que la humanidad ha vivido en más lejanía de la Prehistoria.

Biblioteca Nacional de España

X

Los Hermanos

Mientras se ejercitaba en el dibujo, Goya debió recibir también alguna instrucción literaria. Parece ser que frecuentó la Escuela Pía de Zaragoza, a la cual es probable que acudieran igualmente sus dos hermanos.

Ocurrióle a un famosísimo demagogo español, nuestro contemporáneo, cuando su juventud y en ocasión de una lucha electoral, recibir una bala en un pulmón. Pasó quince días entre la vida y la muerte. Grande fué la emoción pública, pues se habían fundado en el moceril caudillo muchas esperanzas y apenas menor número de intereses.

Me acuerdo de que, entre los que le asistieron entonces, figuraba cierto primo suyo, recién llegado de la campiña. Mientras, con el temor de un fatal desenlace, andaban todos angustiados, el familiar permanecía sereno.

—*Si muere,* decía, *otro de la familia le reemplazará.*

Este color mesiánico y tribal que afecta a veces, entre nosotros, la aparición de las figuras capitales, ¿se manifestó quizá en el caso de Goya? Diríase, en tales ocasiones, que el destino de una estirpe toma varios números en una lotería, para ver si uno se lleva el gordo.

Fueron tres los hijos de José Goya y de Gracia Lucientes. Los tres, con diferente esfuerzo, en rutas diferentes, con resultados diferentes señalaron de todos modos la ascensión de la sangre.

Uno siguió el camino del artesanado. Se hizo dorador, como quizá el padre. Pero él, con su honrado trabajo, se hizo rico. Un día sus recursos sirvieron para sostener la vejez necesitada de su progenitor.

El tercero fué cura. A éste, Francisco había de protegerle más tarde, cuando tuvo influencia en la corte, le hizo nombrar párroco en Chinchón. El pintor, que gustaba sobremanera de

Biblioteca Nacional de España

la caza, iba a veces de jornada venatoria a casa del hermano cura.

Si, en cualquiera de sus percances con la Inquisición de Zaragoza, o cuando el negocio de la cuchillada en Madrid, o en Roma, cuando la condena a muerte, o en una emboscada, o de enfermedad, Francisco de Goya las hubiese liado, quedaban siempre de repuesto —¿qué más da?— el hermano cura o el hermano dorador.

XI

Los amigos

Condiscípulo de Goya en los Escolapios fué igualmente Martín Zapater, que había de continuar, en correspondencia con él toda la vida.

Tuvo también aquél relación de amistad con la familia Goicoechea. Andando el tiempo, Javier, hijo de Goya había de casarse con la hija de Juan Martín Goicoechea.

Amigos, amigos... Bueno. Pongamos «amigos y admiradores», como en nuestras convocatorias de banquete.

La mano que tiraba piedras tiéndese ahora a la amistad. O tal vez cae, chancera y pesadota sobre un hombro, en señal de camaradería. En Aragón, donde se educa a pescozones, la cordialidad se expresa a tientos, puñetazos y pellizcos. En las tardes de los domingos zaragozanos, los oaristos de las menegildas en la plaza parecen partidas de boxeo.

Mi joven amigo el marqués de L..., monóculo pegado a la órbita, las dos manos de uñas resplandecientes cruzadas sobre el libro abierto preparaba sus oposiciones de entrada a la carrera diplomática, en la biblioteca del Ateneo de Madrid. En esto llégase de pronto a él otro estudiante, Toñico, un aragonés de Caspe. ¡Pam! Un puñetazo en la espalda, tanto como cordial, afectuoso... L... se vuelve, el cristal danzando en el aire, la sorpresa y el furor en las pupilas extraviadas.

Biblioteca Nacional de España

—Dispense usted, exclama confuso el agresor. Creí que era mi amigo Paco.

Y el diplomático en ciernes, lastimado, despectivo, glacial:

—Es que tampoco a Paco había que hacerle eso.

¿Qué sabes tú, dandy insípido? ¿Qué sabes tú, monigote cortés, ayuno de amistad, de si la amistad tiene, como el amor, su lenguaje de violencia?

El adolescente Goya hablaba este lenguaje. Después de todo, esto reemplazaba a las pedradas. Ya hay un adelanto.

Luego, al pescozón sucede la conversación. Goya se pasea a riberas del Ebro con Zapater. Se siente admirado. Abusa, triunfante, de esta admiración. Cada una de sus confidencias, cada una de sus palabras quiere decir: «¡Mira, como soy fuerte!» «¡Mira, como soy grande!».

Porque Martín cree y admira, Francisco le quiere cada días más.

Otro progreso. Si, gradualmente, a la pedrada sucede el pescozón, al pescozón, la conversión, la carta reemplazará finalmente a la palabra. Así nace la correspondencia entre Goya ausente y Zapater, su amigo y paisano. Un monumento.

Un alma al desnudo. Al desnudo, *precisamente* porque se exhibía. Porque *abusaba.*

Ya volveremos a encontrar esas cartas, en su tiempo y sazón.

XII

La inquisición

«Fundid los hielos del engolamiento. Poned cómodas a todas las cosas, en un ambiente de benevolencia.»

(Ramón de Basterra: «Virulo»)

Aquí, en Zaragoza, y en ocasión de la primera estancia de nuestro hombre, colocan los biógrafos la posibilidad de cierto mal paso que le hiciera topar de bruces con la Inquisición. Episodio harto oscuro.

Biblioteca Nacional de España

No se trataba probablemente en la coyuntura de una cuestión de dogmas. Pocos dogmas, en verdad cabían en el entrecejo del baturro de Fuendetodos. La misma creencia en la Patria, infinitamente más rudimentaria y menos reflexiva que las de Fe —y más en sazón en el tiempo de autos—, no parece haber embarazado en demasía, a quien más tarde había, tan fresco, de desentenderse de la oposición entre «afrancesados» y «fernandinos». En el fondo, poco tienen que ver los dogmas con estas naturalezas tan crudas, tan densas, tan ricas de instintos, con estas personalidades satánicas, en que *todo el árbol es raíces*. Para ellas un sólo postulado es posible: «Yo»... O, para formular su entimema profundo: «Yo no pienso; *luego*, existo». Existo, sin duda, Porque, si yo no existiera, ¿qué?

Más verosímil que cualquier suposición que diera visos dogmáticos al incidente, a suponer que se produjera, será la que le atribuya algún quiebro en el capítulo de la iconografía. Desde la edad de trece años, Goya trabajaba a la vera del pintor José Martínez Luján. Tuvo después otros maestros, a mejor decir, otros patronos. Ahora, un aprendiz, es, casi por definición, quien aprovecha el primer descuido del maestro, para tomar un pincel o un carbón y pintarle unos bigotes a la Virgen o dibujar una pipa en la boca de San José. No lo olvidemos, además: estamos en la segunda mitad del siglo XVIII. El espíritu de irreverencia sopla en todas partes. Sus brisas, si no todavía sus huracanes, han podido traer algún polén del parque de Ferney hasta el arbusto casi salvaje crecido en un huerto polvoriento de Zaragoza.

Otra hipótesis puede parecer más certera, la que coloque el episodio no en el dominio de la creencia o en el del arte, sino en el de las costumbres. Y, entonces, la Inquisición que entra en escena, no es ya el tribunal oficial, con procedimientos más o menos regulares, con sanciones más o menos crueles, que funcionaba por delegación de la Iglesia en el Estado; sino *la otra* Inquisición, la difusa, la que se llama legión y que forman, en la estrechez provincial, tantas gentes sin mandato,

Biblioteca Nacional de España

sin atribución, sin fuero, diletantes y aficionados en lo de meter la nariz en la vida ajena, ganosas de denuncia, opresión y tortura de la personalidad ajena, golosas de su quebranto y asfixia.

Hay dos maneras de matar. Una, que se designa francamente con el verbo matar; otra, la que se sobrentiende en el eufemismo delicado: «hacer la vida imposible». Sistema de asesinato lento, anónimo, oscuro, en que se emplea una muchedumbre de resentimientos cómplices. Auto de fe sin coroza y sin llama, perpetrado por una Inquisición sin juez ni sentencia.

Bueno. Pongamos que Goya dejó todo eso, porque aquí «se le hacía la vida imposible».

(*Continuará.*)

Biblioteca Nacional de España

Comenzamos la publicación de la estudiadísima Memoria sobre *Electrificación de los Ferrocarriles Españoles*, elaborada en la Comisión Técnica de Acción Popular por los ilustres ingenieros D. Antonio Gibert y Salinas y D. José María Navarrete.

I

Resumen histórico de la tracción eléctrica

Dejando aparte el período de los tanteos y de los modestos ensayos realizados con vehículos automotores (de siete toneladas el más pesado) que se accionaban con electroimanes y pilas, período que se cerró con el pequeño ferrocarril Siemens-Halske de la Exposición de Berlín el año 1897, que ya utilizó un motor de 3 HP a 150 voltios, la tracción eléctrica se puede clasificar en tres períodos que podrían llamarse de la *pequeña* y *de la gran tracción*, y el *período definitivo*.

El primer período, que abarca desde 1881 a 1895, es el del desarrollo de los tranvías urbanos (1) precursores técnica y cronológicamente de la gran tracción. A la Siemens corresponde también la primera instalación importante con el tranvía de Lichterfeld, extendiéndose las instalaciones en Europa y América con las de Londres, París, Cléveland, Kansas, etc., y adquiriendo en poco tiempo gran desarrollo; las potencias alcanzadas en este período no pasaron de 300 HP; la mayor longitud de las líneas fué de 50 kilómetros, y el progreso mayor correspondió a las locomotoras de 90 toneladas del Baltimore-Ohio.

(1) P. Pérez del Pulgar, S. J. y Vicente Burgaleta: *Curso fundamental de tracción eléctrica.*

Biblioteca Nacional de España

El segundo período comprende desde 1895 a 1914; se aprovecharon las enseñanzas y experiencias del período anterior y todo él fué de un continuo y rápido perfeccionamiento, cimentándose sólidamente las bases que han servido para las actuales electrificaciones. En este período se construyeron más de 200 ferrocarriles interurbanos; empezó la electrificación trifásica italiana con la línea de la Valtelina, de fortísimas rampas; siguieron las monofásicas de Baltimore y Oranienburg, las suizas de Seebach Wettingen y del túnel del Lötschberg, las suecas de Kiruna, las del Pennsylvania y túnel de San Gotardo, etc., destacando en este período cuatro electrificaciones típicas que han tenido resonancia histórica y técnica: la del Terminal de la New York Central, con locomotoras de 2.500 HP y las del Pennsylvania, que dejaron resueltos los problemas de los servicios de cercanías en las grandes ciudades, y las del ferrocarril minero del Butte Anaconda y las del Chicago Milwaukee, a 3.000 voltios, con locomotoras de 4.000 HP, que arrastrando trenes de 2.900 toneladas (3.600 toneladas con dos locomotoras) han sido durante mucho tiempo el ejemplo típico de los grandes arrastres, imposibles de realizar con la tracción a vapor.

El último período, por ahora, empieza después de la gran guerra. La técnica sigue avanzando constantemente, introduciendo mejoras importantes, pero sobre todo lo que cambian son las ideas generales acerca de la electrificación de los ferrocarriles. La elevación de los precios del carbón, la movilización de las energías eléctricas nacionales en todos los países y su distribución económica, el encarecimiento de la mano de obra calificada, la crisis del paro, los elevados rendimientos de la electrificación, etc., han hecho que ésta no se considere ya exclusivamente desde el punto de vista ferroviario como un medio para resolver tal o cual problema de la explotación, sino como uno de los factores más importantes que integran el problema de la *energía nacional* y de la electrificación general de las naciones y como consecuencia de este criterio, el último período se caracteriza por las electrificaciones no episódicas, sino generales o de grandes longitudes de líneas y de kilómetros, con planes

Biblioteca Nacional de España

amplios y escalonados, destacando en primer lugar las que se han realizado y se realizan en Francia, Italia, Suiza, Suecia, Alemania, América, etc., atendiendo aquellos puntos de vista.

II

La cuestión de los sistemas

Cinco son los sistemas que hoy se emplean para la tracción eléctrica (1), y aunque parezca una paradoja, esta multiplicidad fecunda de soluciones ha contribuído a retardar el desarrollo de la tracción eléctrica por la lucha enconada (la batalla de los sistemas) que se mantuvo mucho tiempo entre los defensores de cada uno de aquéllos, y que llevó la vacilación y la duda a quienes necesitaban de la electrificación, retrasándola en espera de una solución definitiva.

Hoy esta cuestión ha pasado a segundo término y ha dejado de ser un problema; técnicamente, todos los sistemas son equivalentes y funcionan perfectamente, de modo que las razones y la decisión para elegir un sistema determinado se fundan tanto en la manera y en la elasticidad con que satisface y se adapta a las necesidades de cada explotación ferroviaria como en las ventajas que puede reportar su incorporación al sistema general de producción y distribución de energía eléctrica de cada país, sin dejar de tener en cuenta los estados de hecho creados por otras electrificaciones, para no aumentar más los islotes en la explotación de los ferrocarriles.

La Comisión que estudió las bases para la electrificación española, después de un concienzudo estudio y de la aplicación concreta a uno de los proyectos de M. Z. A., propuso como

---

(1) El de corriente continua, el de corriente monofásica y el trifásico, son los más generalizados, empleándose también los llamados monotrifásico y monocontinuo, que convierten la corriente monofásica que captan de la línea en trifásica o continua en *la misma* locomotora.

Biblioteca Nacional de España

más conveniente para España la corriente continua a la tensión de 1.500 o 3.000 voltios, según los casos, tensión que es la adoptada también por el Norte, Puertollano, Ferrocarriles Catalanes, de Cataluña, y la casi totalidad de las electrificaciones en España.

III

Razones que justifican, en general, la electrificación de los ferrocarriles

Las razones que justifican y aconsejan la electrificación de un ferrocarril ya establecido (porque en los de nueva construcción la elección no es dudosa, en cuanto el tráfico sea suficiente), pueden ser:

a) De carácter nacional.
b) De orden económico.
c) De orden técnico de la explotación,

razones que, como se comprende, van siempre unidas entre sí, aun cuando una sea la preponderante (1).

Las razones de *orden nacional* se aplican al conjunto de las redes, y tienen por objeto principal coadyuvar a la buena utilización de las energías hidráulicas y térmicas del país, contribuyendo a la producción y distribución económica y racional de la energía eléctrica nacional (2); las de orden *económico*, cuan-

---

(1) Gibert: *Tracción eléctrica.*

(2) La producción y consumo de electricidad es hoy el índice más importante del grado de actividad y nivel de vida de un país; señalamos a continuación el consumo medio en kws-h. por habitante y año en algunos países:

Noruega, 3.000; Canadá, 2.000; Suiza, 1.400; Estados Unidos, 1.000; Suecia, 750; Bélgica, 500; Alemania, 400; Inglaterra, 400; Francia, 325; Italia, 275 y España, 120.

Por lo que se refiere a España, la cifra de 120 kws-h. por habitante y año es la media, correspondiendo 300 a Cataluña, 200 a Vizcaya y 175 a Valencia, cifras que confirman la relación entre el consumo y la actividad industrial o agrícola.

Biblioteca Nacional de España

do las economías obtenidas en el conjunto por la electrificación sean mayores que las de la explotación a vapor y mayores que el interés y amortización del capital invertido en aquélla, y las razones de *orden técnico de la explotación*, que siempre están relacionadas con el aspecto económico, se fundan en las dificultades y limitaciones que ofrece en muchos casos la explotación por vapor, y que se resuelven completamente gracias a las características de la tracción eléctrica, sin tener en cuenta la cuestión económica.

Así ocurre siempre que el tráfico y las dificultades para establecer doble o triple vía por imposibilidad topográfica de una región han llevado al límite las posibilidades de la tracción a vapor; *es el caso de la electrificación del Pajares, de la Compañía del Norte* (1), donde antes de la electrificación era imposible remolcar durante tres días más de 14 trenes con doble tracción, con un total de 4.250 toneladas, y en la cual, después de electrificada la línea, se han *hecho en un día* 30 *circulaciones con trenes subiendo* 6.500 *toneladas*, sin contar el tonelaje de los trenes de viajeros.

O en aquellos servicios de cercanías de las grandes ciudades, con estaciones terminales y denso servicio parecido al de los tranvías, cuya única explotación racional y posible, para no agotar la capacidad de las estaciones con movimientos inútiles y lograr la realización de los servicios con la máxima sencillez y la mayor elasticidad en las horas, días y épocas de fiestas máximas, consiste en emplear automotores o unidades con el número de coches necesarios, fácilmente acoplables entre sí, según las necesidades, y que pueden marchar en los dos sentidos sin otra maniobra que pasar el conductor con la manivela de un extremo a otro de la unidad.

Es el caso que tiene planteado M. Z. A. con su tráfico enorme en las cercanías de Barcelona, difícil de resolver con sus líneas sin electrificar (60.000 viajeros salen los domingos de Bar-

(1) M. Viani: *La explotación económica de los ferrocarriles.*

Biblioteca Nacional de España

celona con trenes de más de 1.000 plazas), y que tenía planteado en la misma ciudad, aunque en escala bastante menor, la Compañía del Norte, la cual era objeto de una fuerte competencia de otras líneas electrificadas, competencia que le produjo en siete años, sólo en viajeros, una baja de un millón y medio de pesetas. Realizada la electrificación, aumentado el número de trenes y su velocidad, la recuperación del tráfico fué inmediata y la recaudación en la estación de Barcelona para las de Tarrasa, Sabadell, Manresa y viceversa, que fué de 1.250.000 pesetas en el último año de la tracción a vapor, ha subido el año 1932, con tracción eléctrica, a 2.400.000 pesetas, o sea casi el doble, a pesar de las circunstancias adversas que pesan sobre los ferrocarriles.

Finalmente, la tracción eléctrica se impone en aquellas líneas cuyos perfiles muy duros hacen imposible la tracción a vapor o alargan antieconómicamente el desarrollo del trazado; tal sucede en la línea pirenaica de Ripoll a Puigcerdá, cuyas rampas de 43 m/m era imposible franquear con las locomotoras a vapor.

En todos estos casos, y aun cuando siempre en último término se mejoran y benefician, *no son las ventajas económicas ferroviarias las únicas determinantes de la electrificación, pudiendo hasta darse el caso de que no sea la solución eléctrica la más económica durante un cierto tiempo, pero el balance es siempre favorable en todos los casos, considerando la electrificación desde un punto de vista general y de conjunto, además del particular que la impone.*

ANTONIO GIBERT
Y
JOSÉ MARÍA NAVARRETE

(*Continuará.*)

Biblioteca Nacional de España

Diccionario de Autoridades

Ayuno

El ayuno engendra los profetas, esfuerza a los poderosos, enseña a los legisladores, es guarda del ánima, imagen de los ángeles, arma de los fuertes, ejercicio de los guerreros, gobernador de la castidad, fortaleza en las batallas y guarnición en la paz. El ayuno santifica los nazarenos, consagra los sacerdotes, guarda a los niños, hace sabios y graves a los mozos, adorna y compone los viejos; porque las canas acompañadas con el ayuno, son dignas de mayor veneración. El ayuno es ornamento de las mujeres, freno de los hombres, guarda del matrimonio, criador de la virginidad, acrecentamiento de los dones celestiales y madre de la salud; ayo de la juventud, provisión de los caminantes y compañía de los que moran en uno segura.

Fr. Luis de Granada

Bula

Tomar la Bula.—No digáis comprar la Bula, que eso es estilo de herejes, no de católicos.

Pedro de Montenegro

Cuaresma

Ya estamos en la Cuaresma, tiempo de fecundidad, de abundancia; ha de haber muchos hijos de buenas obras, como

Biblioteca Nacional de España

granos en un montón de trigo: limosna, oración, cilicio, mala cama, disciplinas, velar, oir misa, sermón, andar estaciones, visitar hospitales, confesar, comulgar.

FR. ALONSO DE CABRERA

DEVOCIÓN FALSA

¡Cuántos prometen al Señor dádivas porque les dé ganancia en las usuras y felicidad en las mohatras! ¡Cuántos ladrones rezan con cuidado el rosario, no porque los ayude a salir del vicio de robar, sino porque robando los defienda de la justicia y del castigo!

QUEVEDO

ENSEÑANZA

Curioso he sido de leer, mi Dios; pero nunca hallé libro como a ti en la cruz, ni que siempre enseñase, porque siempre estás abierto.

LOPE DE VEGA

FE

Iban a mí con mucho miedo a decirme que andaban los tiempos recios, y que podría ser me levantasen algo y fuesen a los Inquisidores. A mí me cayó esto en gracia y me hizo reir, porque en este caso jamás yo temí; que sabía bien de mí que en cosa de la Fe... por cualquier verdad me pondría yo a morir mil muertes.

SANTA TERESA

GETSEMANÍ

Judas entrega a su Maestro. No sabrá cuánto lastima este trabajo —de la falsa amistad— quien es tan silvestre que no sabe tener amigos, o no sabe conservarlos, o hace poco caso de

Biblioteca Nacional de España

ellos, que es harto más propio de salvajes que de hombres. Pero la divina Escritura pone en grado tan superior al bueno y fiel amigo, que parece que no halla palabras para encarecerle; y cuenta por uno de los grandes males de la vida la falsa amistad, principalmente cuando llega a deshonras y afrentas públicas, y a infamar al amigo, o descubrirle el secreto, tenerle en poco, o tratar contra él cosas de su perjuicio. Y tanto lo encarece, que dice que la amistad que por estas vías quiebra, jamás puede soldarse.

FR. TOMÉ DE JESÚS

HIMNOS

Acostumbraban los Judíos en las cenas de sus solemnidades cantar algunos Psalmos en acción de gracias; y conformándose Jesús con este rito, habiendo cenado con sus discípulos el cordero, determinó cerrar tan sagrada acción, cantando aquel himno o psalmo —113—; y repartidos en coros sus Apóstoles, le entonó Jesús y prosiguieron ellos. Y de esta acción sagrada tuvo origen en la Iglesia entonar himnos a Dios en el sacrificio de la Misa y en los oficios eclesiásticos.

FR. FERNANDO DE VALVERDE

JESÚS CRUCIFICADO

Era un hombre clavado en un madero
Tan apacible el rostro y tan severo,
Que cuando estos extremos distinguía
Nada de las dos cosas parecía.
Una diadema en su cabeza hermosa
Siendo de espinas se trocó de rosa,
Cuyas puntas a trechos desiguales
Sacaron perlas fondas en corales;
Y no es nuevo trasunto
Ser perla y ser coral a un tiempo junto,

Biblioteca Nacional de España

Pues la sangre animosa que exhalaba
En sagrado coral se derramaba,
Y al querer ayudarla o resolverla
Lo que líquido sale, aquello es perla.
Por los pies y las manos desangrado,
En púrpura anegaba todo el prado.
Deidad, le dije, ¿cómo, si lo eres,
Sangriento vives y glorioso mueres?
Y me parece a mí que me decía:
Esta que ves correr, púrpura fría
De mi pecho, que es piélago profundo,
Sale a apagar la ardiente sed del mundo.

ROJAS ZORRILLA

LENGUA

¿Qué aprovecha afligir el cuerpo, si la lengua la ensuciamos con palabras malas de murmuración? En vano nos gloriamos de la pena y tormento que damos a la carne, si no procuramos de mortificar las pasiones interiores. Como se vió en una mujer que traía cilicio, que habiendo pláticas o riñas con otra, la cual sabía que traía cilicio, la del cilicio la debió de enojar tanto con su lengua, que la otra la respondió diciéndola: «El cilicio que vos traéis, querría yo que lo trajésedes en la lengua.» Y esto lo oyó persona fidedigna que lo contó.

SAN ALFONSO RODRÍGUEZ

LLANTO

Dijo nuestro Redentor: «Bienaventurados los que lloran, porque sacarán fruto de consuelo.» ¿Qué otra cosa pensáis que son las lágrimas que lloramos, haciendo penitencia, sino una semilla que sembramos, que por cada grano nos han de dar ciento de gloria? No es lágrima que se llora, sino grano de trigo que se siembra.

MALÓN DE CHAIDE

Biblioteca Nacional de España

Maestros de escuelas

Porque la Cuaresma es tiempo muy conveniente para comenzar en buenas costumbres, conviene que, pues los que andan a la escuela tienen edad para oir misa, la oigan domingos y fiestas; y será el modo, que señalen algunas iglesias donde vaya poca gente, a donde los maestros de las escuelas lleven a oir misa domingos y fiestas; y para que los maestros quieran hacerlo, débeseles rogar y encargar.

B. Juan de Avila

Nobleza

Dios fizo hombres e no fizo linajes en que escogiesen, e a todos fizo nobles en su nacimiento. La vileza de la sangre e obscuridad de linaje, ellos con sus manos lo toman, aquellos que, dejando el camino de la clara virtud, se inclinan a los vicios e máculas del camino errado.

Hernando de Pulgar

Organo

¿Qué pensáis que es un órgano? Una junta de afligidos, cual nosotros, que, tocada de una mano poderosa y lastimada de sus agravios, da voces y gritos a Dios; que con la fuerza de los quejidos y el viento de los suspiros del corazón, suena y resuena... Por eso creo que el instrumento que más se usa en los templos, adonde se juntan los hombres a alabar a Dios, es el órgano; porque como todos aquellos caños no suenan sin el movimiento del viento, así todas las voces humanas son estruendo sin consonancia, si no las mueve el corazón con sus suspiros de dolor y de amor.

Antonio Pérez

Biblioteca Nacional de España

Perdonar las injurias

Quiero contar aquí un cuento que me acuerdo haber leído muchos años ha, sin acordarme en qué autor, que no quiero darle más autoridad que la que conmigo tiene; pero luego se verá que, aunque no haya sido, no es impertinente el contarle. Leí allí que había un hombre muerto al padre de otro, y el matador andaba retirado y escondido del hijo del muerto, porque no le había querido perdonar. Sucedió que un día de Viernes Santo, andando las estaciones, el uno y el otro se vinieron acaso a encontrar en una calle, y turbado el matador, echóse a los pies del hijo del muerto, y díjole: «Perdonadme, por amor de Jesucristo, que murió tal día como hoy por nosotros; así él os perdone»; Con estas palabras vino Dios en su corazón, y dijo: «Yo os perdono por amor de aquel que en este día murió por mí»; y levantóle del suelo y abrazóle y dejóle ir. Sucedió que en la primera iglesia donde llegó a sus estaciones estaba puesto para la ofrenda sobre unas almohadas, para que adorasen los que las andaban, un crucifijo mediano de bulto, y llegando este que había perdonado a besar los pies al santo crucifijo, se desenclavaron las manos, y se levantó y le abrazó, besándole en el carrillo, y dijo en alta voz: «A quien tal obra ha hecho hoy por mi amor, justo es que yo le haga este regalo»; y dicho esto, se tornó a enclavar las manos como de antes estaba.

Fr. Hernando de Zárate

Quinta palabra

La quinta palabra fué Sitio, *que quiere decir:* He sed. *«¿Qué es ésto, Salvador mío?», dice San Bernardo. Más pena os da la sed, que la cruz; pues no quejándoos de la cruz, os quejáis de la sed. ¿Qué sed es ésta que tanto os fatiga? Ciertamente, no otra que el deseo de nuestra salud, de nues-*

Biblioteca Nacional de España

tra fe y de nuestro remedio: porque esto es como si dijera: Más me duelen vuestros males, que los míos; y más siento vuestras culpas, que los tormentos de mi cruz. Pues si ésta es, Señor, vuestra sed, las lágrimas de mi conversión y penitencia la apagarían. Y yo, más crudo que vuestros mismos enemigos, no os doy este refrigerio. ¡Oh Virgen santísima! ¿Qué sintió vuestro piadoso corazón con esta palabra, cuando vistes el refrigerio que sus enemigos le dieron, y no fuistes poderosa para dar un jarro de agua al Hijo que la pedía muriendo? ¿Dónde están agora, ¡oh, Magdalena!, aquellas lágrimas que derramaste sobre los pies del Salvador? ¿Dónde están las vuestras, oh serenísima Virgen? Pues, ¿cómo no subís a aquella cruz, y siquiera con esas lágrimas de vuestros ojos no refrescáis aquellos labios cárdenos y desequidos, y refrigeráis los ardores de aquella sed?

FR. LUIS DE GRANADA

REPRESALIAS

No podemos hacer daño a nuestros enemigos sin hacérnosle juntamente a nosotros, y muy mayor que no a ellos. Loco es el que, sabiendo que no puede dar a su enemigo una bofetada, sin darse primero a sí mesmo una puñalada, procura tan a su costa de se vengar.

FR. FRANCISCO ORTIZ

SOBERBIA

San Pablo decía a Timoteo: «Dirás a los ricos que no sean soberbios»; no dice que dejen las riquezas, que ellas no son malas, sino la soberbia que con ellas anda mezclada.

FR. HERNANDO DE ZÁRATE

TINIEBLAS

El Coro ha rezado ya Maitines *y* Laudes. *En el* Tenebrario *triangular ardían hace poco quince velas. catorce de ellas*

Biblioteca Nacional de España

amarillas y la de en medio blanca...; pero al fin de cada Salmo se ha apagado una, en memoria de cómo fueron apartándose de Jesús, primero sus atribulados Discípulos y luego las dos piadosas Mujeres que, más animosas que ellos, lo acompañaron hasta la Cruz. —Ya no arde más que una vela, la vela blanca, la que se llama Vela María...— *Es la personificación de la Madre del Crucificado, cuando se quedó sola al lado de su expirante Hijo.*—Stabat Mater dolorosa, juxta Crucem lacrymosa...

Además de esta única luz que queda en el Tenebrario, *alumbran todavía el Templo las seis velas del Altar Mayor, representación de los seis Profetas que anunciaron la Venida del Mesías...—Pero el coro reza los doce versículos del Cántico de Zacarías* «Benedictus»..., *y a cada verso apágase una de aquellas seis luces del Tabernáculo.*

¡Apagáronse ya todas!...—El beso de Judas, recordado por la Antífona, ha sido el soplo de muerte.

Ya no arde en la Iglesia otra luz que la Vela María... —*¡Esta no se apaga jamás!...— Sin embargo, una mano piadosa la oculta, aunque encendida..., y las* Tinieblas *reinan en la Casa de Dios.*

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

VIEJOS

Los viejos deben tener por principal empresa ir todos los días a misa y oír vísperas el día de la fiesta; y si esto se le hiciera grave y pesado a alguno, yo le doy licencia que no vaya más veces a misa siendo viejo, que iba a visitar a su amiga cuando era mozo.

FR. ANTONIO DE GUEVARA

Biblioteca Nacional de España

De Orbe Hispánico

Biblioteca Nacional de España

Curso en el Museo Naval

Exposición Iglesias de etnografía

Movimiento literario y artístico en Portugal

Biblioteca Nacional de España

Curso sobre el descubrimiento de América

El 21 de marzo concluyó el cursillo que en el Museo Naval profesaba D. Antonio Ballesteros, sobre temas americanos. En este cursillo han salido a luz nuevos puntos de vista sobre Colón y su obra. De ellos es nuestro intento dar algunos al lector, que de este modo puede ir formándose un criterio sobre muchos problemas que, por su espectacularidad, son tratados por personas indocumentadas, en su mayor parte.

Las dos primeras conferencias (*La génesis del descubrimiento*, 1.ª y 2.ª fase) nos hacen ver caminos desconocidos y caras nuevas del nunca agotado tema del descubrimiento. Vemos una Edad Media coherente y homogénea en su aspiración viajera, que adapta mil formas distintas en su búsqueda incansable de nuevas tierras. Se nos aparecen figuras que nunca habíamos relacionado con América: Oderico de Podernone, Rubxukys y la ingente figura de Marco Polo, el veneciano mandarín, cuyo *Millione*, en una reducción de Peppolo di Bologna, poseía Colón como numen inspirador.

La tercera jornada (*Una curiosidad inicial: ¿Colón era español?*) es un jalón marcado en los estudios colombinos, piedra miliaria, que con su fuerza de señal en un camino, hará que el estudioso tenga que referirse siempre a ella. Ante nuestra vista desfilan las teorías diversas (pintorescas muchas, por desgracia) sobre el nacimiento de Colón, que tan pronto vemos alegre y movido grumete mediterráneo, como judío taciturno, nacido en los azares de una huída, o mecido por un aya que le cantaba en catalán e hijo de ricos Coloms de esta región.

Biblioteca Nacional de España

El profesor Ballesteros nos concluye su conferencia diciendo: «Las diversas tesis acerca de la nacionalidad española de Colón, os confieso que no me convencen. Aun las de más viso o mayor apariencia científica no aportan documentos nuevos ni sugerencias concluyentes. Creo que la época de las discusiones sobre la cuna del Descubridor no ha concluído. Si algún día llegara a probarse que había nacido en España, me encontraría dispuesto a aceptar un hecho tan halagüeño para nosotros. Pero hoy aventuro una proposición. No importa que esto suceda, porque Colón fué y será siempre considerado como español. Nada nos interesa su progenie, la estirpe ni el lugar de su nacimiento. La personalidad del primer Almirante de las Indias es netamente española. Realizó una empresa descubridora por España y para España. Reyes hispanos protegieron sus proyectos y navegantes de España cruzaron con él los mares ignotos en demanda de tierras desconocidas. El nombre de Colón y el de España son, pues, inseparables.»

Las conferencias restantes (*Colón y la tesis tradicional, Los historiógrafos del descubrimiento de América, Colón y Portugal, Colón y los Reyes Católicos, La ruta del descubrimiento*) hacen pasar ante nosotros materiales y hechos, desconocidos los unos y no sistematizados los otros. La obra magna del Municipio de Génova se nos aparece como un sillar inconmovible; tras ella van desfilando los historiógrafos (cuyo verdadero valor de fuente desconocen algunos ilustres improvisados *historiólogos* universitarios), que nos dan las primeras noticias del descubrimiento y de su ejecutor, con minuciosa fidelidad. La estancia de Colón en Portugal (naufragio casual en 13 de agosto de 1476) está observada bajo nuevas luces, y con su ayuda reveladora vamos descubriendo la importancia decisiva que este pueblo tuvo en Colón, por el casamiento que allí hizo, por sus viajes y por los conocimientos que durante su estancia en Portugal puso la casualidad en sus manos. La figura de D. Enrique el navegante destaca en el Peñón de Sagres como la de un ente austero, egoísta y encastillado en su *yo* marítimo y descubridor.

Tras estos pasos, Colón aparece en España y su suerte se

Biblioteca Nacional de España

decide. Asistimos en estas conferencias hasta el grito de tierra. Lo que sus gestiones fueron y el significado de muchas de ellas se ve explicado por la aparición de datos desconocidos, que el Dr. Ballesteros aporta para una mejor comprensión de episodios tan trascendentales.

Este curso es promesa firme de un libro, cuya aparición auguramos cercana.

Con el curso ha demostrado, una vez más, el Museo Naval, lo acertado de su organización. De los cursillos interesantísimos de D. Abelardo Merino y del docto D. Julio Guillén será otro el momento para tratarlos con la atención que les es justa.

EXPOSICIÓN IGLESIAS DE ETNOGRAFÍA AMAZÓNICA. (Sociedad de Amigos del Arte. Palacio de Bibliotecas y Museos. Marzo, 1935.)

Esta exposición de los objetos que el capitán Iglesias recogió durante su estancia en el trapecio de Leticia, como delegado de la Sociedad de las Naciones, tiene dos valores bien definidos. El primer valor que hemos de asignarle es el de traer por primera vez a España, actualizándolo, el interés por las costumbres, arte, religión e instituciones primitivas de los pueblos que aún se hallan en los primeros escalones de la cultura. España ha estado, hasta ahora, por desgracia, alejada del movimiento general de curiosidad científica, que ha hecho nacer museos en Göteborg, Hamburgo, Leipzig, París, Berlín, Sttutgart, etc. Era ya llegado el momento de que esta curiosidad alcanzase a los sabios españoles. Este instante se evidencia con la inquietud que en los sectores estudiosos se va despertando por estas materias.

El segundo valor que ha de apreciarse en esta exposición es el de los objetos mismos, el de su clasificación y el de su catálogo, que, por desgracia, no están a la altura de la impor-

Biblioteca Nacional de España

tancia de la expedición, de su organizador ni de lo que las exigencias de la ciencia actual piden.

Los objetos en sí (de los que los más interesantes son los monos, tortugas, loros y pieles de *boa*, que, como a los Reyes Católicos, deslumbran a quienes no tienen noción de América), son de escaso valer, y dan la sensación de lo que sería la decoración de un pabellón colonial en una muestra de exportadores de café o productos semejantes. Exceptuados los trajes ceremoniales de lo que el catálogo llama *fiesta de la pubertad*, con término muy poco preciso, el resto nos da más idea de adquisición que de exploración investigadora. En América, como en Egipto, aunque en menor escala, se *fabrican* los objetos de interés turístico, y a pesar de ser nativos los *fabricantes*, no escapa a la mirada del observador la señal inconfundible que deja en todo objeto lo seriado, lo standardizado, en mayor o menor grado. Las decoraciones de los remos, muy nuevos por otra parte, y las figuras de algunas cortezas, nos recuerdan un fenómeno parecido: el de la Compañaía Holandesa de las Indias, que fabricaba porcelana en el Japón, con obreros indígenas, pero con dibujos y trazados elaborados por europeos, que se inspiraban en las lozas primitivas.

Aparte de esta objeción sobre los objetos en particular, he de hacer resaltar algo que, a mi modo de ver, es básico en toda exposición: la organización científica de los materiales. Las primorosas pinturas geográficas de Gori Muñoz son un modo hábil de rehuir lo científico, pero no hemos de perdonar con esto la ausencia de planos detallados que orienten al visitante sobre los puntos donde fueron hallados los objetos, falta que notamos más al referirnos a los precolombinos, que casi no tienen valor a nuestros ojos, si no se nos muestra la forma en que fueron enterrados, el lugar exacto y mil indispensables datos más. Estos objetos precolombinos son dignos por sí solos de un estudio que pusiese de relieve su entronque con lo maya, como rastros olvidados de posibles expediciones portadoras de maíz o de cacao.

El catálogo no ha debido satisfacer a la Sociedad Española

Biblioteca Nacional de España

de Amigos del Arte, tan escrupulosa siempre en esta cuestión. Con presentación que hace esperar mucho, no nos da nada. Los números llevan una somera explicación en la que falta lo esencial, su localización, que hecha al principio en el discreto prólogo del capitán Iglesias, no es suficiente.

Sin querer establecer comparaciones, que juzgamos, con el vulgo, odiosas, nos viene a la memoria una exposición similar, celebrada en agosto de 1934 en el Museo de Hamburgo: la de Curt Nimuendaju. Este alemán indianizado expuso sólo una parte de su colección (lo principal está en Göteborg); en ella no vimos objetos tan nuevos y, en cambio, encontramos un mapa detalladísimo de los hallazgos y (esto elemental en toda exposición de objetos desconocidos para el visitante), en cada vitrina, explicaciones amplias del uso y significación de los objetos.

Con todo ello sólo queremos indicar que creemos un poco precipitada la preparación de una exposición que estaba llamada a abrir caminos nuevos y sugeridores.

MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS

MOVIMIENTO LITERARIO Y ARTÍSTICO EN PORTUGAL

Pyrene, título de la obra que acaba de publicarse de Fidelino de Figueiredo, es el pórtico o anuncio simbólico de la leyenda de Pirene, y después de discutir y definir el objeto y el método de la literatura comparada, o crítica comparativa, y de fijar su criterio sobre nacionalidad literaria, caracteriza las literaturas española y portuguesa, analizando los *caracteres primordiales* propuestos por Menéndez Pidal y las críticas que les han sido hechas y las substituciones sugeridas por Salvador Madariaga. Aplicando su punto de vista, estudia comparativamente la Epica y el Romancero de Portugal y de España, y consagra un capítulo a la crítica poética en ambas literaturas. Por último, presenta unas conclusiones densas y ricas de sustancia filosófica.

Rigurosamente objetiva y profundamente personal, *Pyrene*

Biblioteca Nacional de España

es, como su autor declara, una conjunción de sus anteriores trabajos eruditos —no meramente eruditos, como Fidelino de Figueiredo parece dar a entender, sino historiográficos en el más amplio y alto sentido de la palabra— y de su ensayismo de los últimos años. De hecho, este libro de ahora constituye una lógica secuela de su obra magna sobre la literatura portuguesa. Teniendo en cuenta las constantes esenciales de dicha literatura, Figueiredo la emplaza en el complejo artístico de la civilización peninsular, para, oponiéndola a la castellana, con miradas profundas, individualizarla más perfectamente. De aquí nace una síntesis de síntesis, que eran ya las características. La medula viva de la literatura portuguesa, y correspondientemente de la civilización portuguesa, se resumen en estos dos términos: *lirismo* y *oceanidad*, o sea *Amor* y *Mar*; o contrayendo y simplificando más: a Portugal le ha cabido en suerte una parte de la herencia del mito simbólico de *Pyrene*, cuyo contenido es amor y fuerza; el amor a Portugal, y la fuerza, claro está, a España. No puedo aquí sino esquematizar las ideas principales de la obra. No se supondrá, por ello, que ella generaliza con esta simplicidad, o no tiene cuenta de los matices y de las tonalidades secundarias. *Pyrene*, al mismo tiempo que es una obra de síntesis superiores, de altas ideas generales directivas, tiene base sólida, documentación segura, y está hecha con aquella seriedad crítica de que el autor nunca se apartó y que tanta autoridad ha dado a sus estudios. Por otra parte, esta interpretación de la historia literaria tiene una proyección explícita en lo social y en lo humano; es un inteligentísimo esfuerzo de comprensión de la civilización hispánica y de la conciencia de entrambas naciones peninsulares, y aún una sincera tentativa de adivinación o determinación de sus futuros rumbos; lo que no sorprenderá, por otra parte, a quien haya seguido, a través de toda la obra de Fidelino de Figueiredo, su constante preocupación de los problemas morales y haya sorprendido las directrices de sus últimos ensayos. *Pyrene* es, a mi juicio, un libro capital, tanto para el pensamiento portugués, como para el español.

Biblioteca Nacional de España

— Es un buen libro la *Patria Esquecida*, de Joao de Barros, colectánea de ensayos, todos animados por el mismo soplo de idealismo, humanidad viva, y, a pesar de una sombra de tristeza, fe tenaz en el porvenir —aquel vibrante y sano optimismo del poeta de *Anteu*—.

—Teixeira de Pascoais, continuando el *Sao Paulo*, cuya traducción española, prologada por Unamuno, debe estar para salir de las prensas, va a publicar un *Sao Jerónimo*, del cual el suplemento del *Diario de Lisboa* publica el primer capítulo. El mismo gusto de las poéticas y largas interpretaciones, el mismo propósito de reconstitución filosófica de los vastos movimientos históricos, y, a veces, también, la misma confusión de plano de lo divino y de lo humano —cuanto se puede juzgar por la muestra—.

— Aparecerán también muy pronto: *Emoçoes*, de Luciano de Araujo; *O Saguao do Liberalismo*, de Fernando de Campos; *Quatro Novelas*, por D. Ana de Castro Osório; o *Julgamento do Amor*, auto en verso, de D. Alberto Bramao; *A Boca Pequena*, cuentos, de Maia Alcoforado; *Um escultor de Almas*, romance, de Freire Côrte Real; *No Mar Tenebroso* (viaje a las Açores e Madeira), por D. Virginia de Castro e Almeida.

— Señalaremos en el departamento de erudición la aparición de un estudio histórico-crítico del Sr. Xavier da Costa, *As belas-Artes plásticas em Portugal durante o século XVIII*; los útiles y meritorios *Subsidios para a Bibliografia da História Local Portuguesa*, del Sr. Antonio Mesquita de Figueiredo, edición de la Biblioteca Nacional de Lisboa, de cuyas prensas salen también: las *Ementas de Habilitaçoes de Ordens Militares nos principios do século XVII*, *Subsidios para a Investigaçao Histórica em Portugal*, a *Gaceta em forma de Carta*, por José Soares da Silva, vol. I (1701-1706), con prefacio del Sr. Costa Veiga, Director da Biblioteca, y el *Ano Noticioso e Histórico*, de Luis Montez Matoso, vol. I (1740-1745), con noticia por el bibliotecario Ataíde e Melo; *A Capela da Misericórdia na Sé de Lisboa*, de José da Cunha Saraiva; las *Espadeladas e Esfolhadas* (nótulas etnográficas), de Guilherme Felgueiras; e *Viseu* (*Letras e letrados visienses*), de Maximiano de Aragao.

Biblioteca Nacional de España

En el secretariado de Propaganda Nacional, en sección solemne presidida por el Sr. Dr. Oliveira Salazar, que leyó algunas páginas inéditas del prefacio de sus discursos en vísperas de salir a luz, se hace entrega de los premios literarios concedidos en 1934. Habían sido laureados José Ameal, por su notable libro de ensayos, tan discutido últimamente, *No Limiar* y *Dade nova*; Victorino Nemesio, por un sólido biográfico y crítico sobre Herculano, tesis doctoral; Fernando Pessoa, uno de los primeros poetas de vanguardia en Portugal, por su *Mensagem*; Vasco Rey, el monje poeta, por su *Romaria*; Caetano Beirao, por su heterodoxa (hablo de heterodoxia historiográfica, no religiosa) *Don María I*; Augusto Costa, por su *Portugal, vasto Imperio*, y Fernando Pamplona, por su folleto *Los Boronofs de la Democracia*.

Artes plásticas

En el mes pasado se celebró una exposición de Pintura de Antonio Saude, honrado paisajista del grupo Silva Porto; ahora acaba de abrirse al público otra exposición, la de Julio, pintor de vanguardia irreverente, algo suprarrealista unas veces, algo caricaturista otras; viene a la Sociedad Nacional de Bellas Artes en representación del grupo Presença, constituído por escritores de talento y mocedad, y fué presentado en una bella conferencia de Jao Gaspar Simones, sobre *Deformaçao, génese de toda a Arte*.

Música

Conciertos del Gremio Lírico Portugués, de la Academia de Amadores de Música, de la Sociedad de Conciertos de Lisboa, con presentación de un prodigioso pianista de trece años, Makanowitzky, acompañado por el ilustre pianista Jaime Silva y por la Orquesta Sinfónica de la emisora nacional, bajo la di-

Biblioteca Nacional de España

rección del maestro Pedro de Freitas Branco; en Politeama, por la orquesta de la emisora, con el solista de violencelo Juan Ruiz Caseaux y el de piano Fernando Ember, notable aquél, sobre todo en la interpretación del *Quijote,* de R. Strauss.

GUSTAVO DE FREITAS

Lisboa, 15 de marzo, 1935.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

El Jardín de las Hespérides

Biblioteca Nacional de España

SEVILLA

Sociedad de Bibliófilos Andaluces

Biblioteca Nacional de España

Sociedad de Bibliófilos Andaluces

Por fortuna para la cultura patria, podemos honrar esta sección con la Sociedad de Bibliófilos Andaluces, que acaba de entrar en una nueva etapa de vida. Pero como no hay cuadro, por luminoso que sea, sin alguna sombra, cuando este número de nuestra Revista entraba en prensa, las letras españolas se ponían de luto por la desaparición del ilustre patricio sevillano D. Joaquín Hazañas y la Rúa, a quien precisamente se debe en gran parte el renacimiento de esta benemérita entidad de la que ostentaba la presidencia.

La historia de la Sociedad de Bibliófilos Andaluces debemos encabezarla con estas líneas del libro de Serrano, *Noticias de algunos Libros publicados por Bibliófilos sevillanos*, Valencia, 1892:

«Siempre ha sido Sevilla una de las ciudades de España en que más fervoroso culto se ha tributado a las letras... De sus prensas salieron, desde los primeros años del invento de Gutenberg, multitud de obras que demuestran el arte y la perfección de Antón Martínez, Bartolomé Segura, Alfonso del Puerto, Compañeros Alemanes, etc., etc.» Laboratorio de estas obras fueron «las famosas *Academias* que existieron en Sevilla en los siglos XVII y XVIII, a las cuales sirvieron de base o precedente las reuniones literarias que en la centuria anterior se celebraban en casa de D. Fernando Colón o de Juan de Mallara. La *Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, fundada en el si-

Biblioteca Nacional de España

glo XVIII, subsiste todavía. Entre las que concurrieron a sus tareas y ayudaron a hacerlas fructuosas se cuentan Montiano y Luyando, Tomás Antonio Sánchez, García de la Huerta, Tomás de Iriarte, Masdeu, Reinoso, Lista, José María Asensio, etcétera».

La Sociedad de Bibliófilos Andaluces para la publicación de obras inéditas y repetición de ediciones agotadas, fué fundada en 1869 por el ilustre bibliógrafo D. José María Asensio con otros distinguidos aficionados a los buenos libros.

En 1886, con el propósito de fomentar las aficiones bibliográficas, dando a conocer el tesoro de libros y documentos conservados en las bibliotecas y archivos de Sevilla, a la vez que los trabajos eruditos de escritores contemporáneos, los señores Duque de T'Serclaes, Collantes de Terán, Gómez Imaz, Rodríguez Marín, Marqués de Jerez de los Caballeros, Gestoso, Vázquez Ruiz, Joaquín Hazañas y, como fundadores honorarios, D. Antonio Cánovas del Castillo y D. Marcelino Menéndez y Pelayo, crearon la *Sociedad del Archivo Hispalense*, que, más tarde, se fundó con la *Sociedad de Bibliófilos Andaluces*.

A esta época —segunda de su vida— corresponde el apogeo de la Sociedad. Las publicaciones aparecen unas bajo el título de *Bibliófilos Andaluces*, otras con el de *Archivo Hispalense*, y otras, finalmente, bajo título doble significador de la fusión de las dos Sociedades bibliófilas.

En esta época vieron la luz los tres tomos de *Quevedo*, de Aureliano Fernández Guerra y notas de Marcelino Menéndez Pelayo; el *Cátalogo de la Biblioteca Colombina* o *de los Libros de D. Fernando Colón*; Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, en varios volúmenes, con notas de M. Jiménez de la Espada...

Publicaciones de la Sociedad de Bibliófilos Andaluces:

Historia de los Reyes Católicos, por A. Bernáldez; *Observaciones del Licenciado Prete Jacopín a las Anotaciones que Herrera hizo a las obras de Garcilaso*; *D. Fernando Colón, historiador de su padre*, por Harrisse; *Relación de las Comunidades de Castilla*, por Pedro de Alcocer; *Adiciones a las Poesías de Rioja*, por Cayetano A. de la Barrera; *Sucesos de Sevilla de*

Biblioteca Nacional de España

1592 *a* 1604, por F. Ariño; *Cancionero*, de Sebastián de Orozco; *Descripción de la Galera Real de Don Juan de Austria*, por el Maestro Juan de Mal-lara; *Don Clarisel de las Flores*, por D. Jerónimo de Urrea; *Los restos de Cristóbal Colón*, por Harrisse; *Recibimiento que hizo la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla a la C. R. M. del Rey Philipe, nuestro Señor*, Sevilla, 1570 (reproducción facsímil), de Juan de Mal-lara; *Memorial de Utrera*, por Rodrigo Caro; *Días geniales o lúdricos*, por R. Caro; *Sevillana Medicina*, por Maestre Juan de Aviñón, publicada por Monardes; *El Culto Sevillano*, por Juan de Robles; *Memorias históricas de la Universidad de Sevilla*, por Martín Villa; *La Itálica*, por el Maestro Fr. F. de Zevallos; *Obras dramáticas inéditas*, de Sebastián de Horozco; *Comedia pródiga*, por Luis de Miranda; *Comedia de la Soberana Virgen de Guadalupe*, con introducción, por D. J. M. Asensio; *Descripción del túmulo y relación de las exequias de Sevilla en la muerte de Felipe II*, por F. J. Collado; *Obras de D. Félix José Reinoso*, 2 vols.; *Poesías del Doctor Juan de Salinas*, 2 vols.; *Sermón del loco Amaro*; *Poesías de Baltasar de Alcázar*; *Antiguos manuscritos existentes en la Biblioteca de El Escorial*, por D. A. Ilcayo, y las anteriormente citadas de Quevedo, Cobo, etc.

Bajo el título y ex libris de la *Sociedad del Archivo Hispalense* se publicaron, entre otros, las *Poesías de Fr. Pedro Quirós*, con prólogo de Menéndez Pelayo; *Hijos señalados de Sevilla*, de Justino Matute; la *Historia de Sevilla*, de Morgado; *Descripción de Utrera*, por D. Juan del Río, mas cuatro volúmenes de documentos y curiosidades.

Tercera epoca: En 1932, la vieja Sociedad inauguraba una tercera época. *Ex me ipso renascor* es el lema que se lee en su *ex-libris*. Cuatro miembros de la antigua Sociedad, el Duque de T'Serclaes, D. Francisco Rodríguez Marín, D. José Morón Cansino y D. Joaquín Hazañas figuran ahora como socios honorarios. La lista de socios se alarga hasta 150, y en ella se leen los nombres del Marqués de San José de Serra, Luis del Toro Buiza, Secretario de la Sociedad; el Duque de Alba, José Or-

BIBLIOTECA NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

tega Gasset, Jacinto Benavente, Angel Camacho, R. Menéndez Pidal, Collantes, Casso Romero, etc., etc. Su Junta directiva está constituída actualmente por: D. Joaquín Hazañas y la Rúa, Presidente; el Marqués de San José de Serra, Vicepresidente; D. Luis del Toro Buiza, Secretario, y Vocales, los señores Sangrán, Lasso de la Vega, Eduardo Ibarra, Conde Bustillo, Taviel de Andrade y Collantes.

La tercera época se ha inaugurado con un espléndido libro: *Adiciones al Principado y Antigüedades de la ciudad de Sevilla y su Convento jurídico*, de Rodrigo Caro, con prólogo de don Joaquín Hazañas, y notas de *D. Luis de Toro y Buiza*, 1932. (Edición de 300 ejemplares en papel de hilo.)

Está copiada textualmente del manuscrito autógrafo de Caro encontrado en el Archivo Municipal de Sevilla y completada con las copias que se conservan en la Biblioteca Colombina y en la Provincial de Sevilla. Parte de estas adiciones están publicadas en el *Memorial Histórico*, Madrid, 1851, pero los bibliófilos andaluces incluyen la *Respuesta a Martín Anaya Maldonado* y los *Comentarios a la Geografía del Nubiense* (1), que aparecen en el manuscrito de referencia.

La Sociedad de Bibliófilos Andaluces sigue completando la obra de justicia que merece Rodrigo Caro, pues en su primera época publicó *Los días geniales y lúdricos* y *El Memorial de la Villa de Utrera*, después de quejas amargas de D. Francisco Rodríguez Marín, por permanecer inéditas.

En la *Respuesta a Martín Anaya Maldonado* y en otros capítulos muestra Caro su fe en los falsos Cronicones de Máximo, Dextro, Lui Tiprando, etc., y se ensarza en polémicas en que no lleva la mejor parte. Error disculpable en este erudito, pues al leer sus páginas se ve en él a un gran polígrafo y humanista, pero de una tenacidad que le hacía desechar la idea de desdecirse. Consecuencia de su engaño y de su terquedad son sus errores en hagiografía y en la corografía hispalense.

---

(1) Investigaciones posteriores demuestran que el mal llamado Nubiense no era otro que el árabe español «El Edrisi».

Biblioteca Nacional de España

Los *Comentarios a la Geografía del Nubiense* son de un gran interés geográfico. En ellos, este gran viajero que fué R. Caro, escribe las sugerencias que le asaltan en la lectura de la obra del Nubiense, traducida al latín, y va reconstruyendo lo que era la Andalucía del Nubiense.

La obra, magníficamente impresa en papel de hilo y letra elzeviriana, recuerda a las mejores publicadas por la Sociedad.

Sevilla conserva esa aristocracia de espíritu que le permite abrir nuevos caminos de cultura, pero siempre cimentados con el estudio y la admiración a sus grandes figuras del pasado.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Los Trabajos y los Días

Biblioteca Nacional de España

Teatro

Exposiciones

Conciertos

Tribunas

Libros

Biblioteca Nacional de España

Teatro

La experiencia es la vieja más loca de todas las ancianas paranoicas que andan por el mundo. Tal vez no sea esto cierto en toda clase de experiencias, mas en cuanto se refiere a la teatral es indudable.

Viejos empresarios, viejos autores —en España, la mayor parte de los autores nacen con noventa años corridos— y actores experimentados —los actores, y, sobre todo, las actrices, no pueden ser nunca viejos— parecen concertados para perder el tiempo y el dinero, desorientando al público de paso.

Esto no es natural. Los hombres no nacen con semejante deformación. Es esa absurda experiencia la que los trastorna.

El novel más delirante no combina en su imaginación febril, aunque se lo proponga, el estupendo collar de incongruencias con que nos ha obsequiado en una corta temporada del Calderón, el veterano y laureado autor de *La Tizona*, Enrique López Alarcón. Nosotros creemos más bien que *Los majos del Perchel* no se han escrito para que el público los aplaudiera, sino con el espíritu con que Marinetti, Cocteau o Picasso hacían sus *boutades* para irritar al espectador sensato y provocar un alboroto.

Pero como aquí el público ya no reacciona con espontaneidad y aguanta con paciencia franciscana todo lo que quieren hacer con él, la experiencia fracasó en este sentido, y el auditorio quedó limitado a poner una cara muy larga y a callarse, mientras la *claque* cumplía sus deberes.

Biblioteca Nacional de España

Veíamos en el escenario, con asombro, actores ilustres declamando versos que sonaban bien, y en los que incluso en algún momento saltaba una imagen feliz. Se oía una música muy agradable, un canto armonioso entre bastidores, se bailaba —unas veces bien y otras mal— en escena, pero nadie entendía nada de lo que allí estaba pasando. ¡Y cuidado que pasaban cosas! Había soldados y contrabandistas, nazarenos y gitanas, damas y frailes, caballeros y mujeres bravías. Desfilaba una procesión, amanecía en escena entre son de campanas, se trababan un par de batallas a tiro limpio... —¡Qué delicioso el olor de la pólvora en el teatro y cómo nos traía a la memoria nuestra infancia con aquellos espeluznantes melodramas de los teatros de verano!—. Se trata de una obra donde no falta nada de cuanto puede conmover al público o distraerle y que, sin embargo, obra el prodigio de ser absolutamente incomprensible. ¡Qué maravilla!... ¡Esa vieja chiflada de la experiencia a qué milagros llega!

¿No habrá por ahí un sanatorio en donde recluírla, a ver si entre estucos asépticos y batas blancas se muere de una vez tranquilamente?... Es una cosa indispensable. Y a fe que nos nos mueve un puro afán de rebeldía de aquellos que agitaban en dos bandos —jóvenes y viejos— al mundo literario de hace unos años. En nuestro teatro actual lo último —salvo contadas excepciones— va resultando mucho peor que lo anterior.

Clamamos simplemente contra los estragos de la experiencia, porque, al fin, ésta no se nutre más que de hechos y dependerá de la calidad de tales acontecimientos el que el resultado sea o no estimable.

La historia del teatro en nuestra tierra, o se hace muy *a posteriori* cuando la red de los días ya se ha apretado depurando los valores auténticos, o se limita a una serie de efemérides, registro cotidiano de los estrenos. Falta la atención sistemática que, relacionando unos hechos con otros, nos descubra el trazado de la ruta que sigue nuestra escena. Intentarlo, señalar cómo la *experiencia* puede llegar al resultado que antes expusimos, es un poco triste, pero es bien sencillo.

Biblioteca Nacional de España

Véase un hecho, perpetrado por los señores Navarro y Torrado en Eslava: *Los Caimanes*.

Quiere ser ésta una comedia de costumbres modernas. Arranca su trama de una suplantación de personalidades, motivada por un accidente ferroviario. Tiene once personajes, de los cuales *sólo tres* se hallan en una situación normal al empezar la comedia. Y la situación normal en estos tres es la tontería.

Los otros ocho son, en realidad, una cosa distinta de lo que quieren fingir ante las demás figuras de la farsa, y, de consiguiente, cada uno lleva una doble comedia, que, de desarrollarse de un modo lógico, complicaría la escena hasta lo infinito; pero como los autores se guardan muy bien de dejarlos en libertad y ninguno de ellos tiene carácter ni en la personalidad propia ni en la fingida, la trama se desarrolla cómodamente y se resuelve en el momento en que ha llenado el tiempo conveniente para que sea la obra de duración normal. No hay obstáculo que los arredre. ¿Que un bandido ha de transformarse de pronto en un ser generoso? ¡Pues se transforma!... ¿Que una muchacha buena e interesante debe robar?... ¡Pues roba!... Ya vendrá la explicación: tiene un miedo insuperable a un sujeto —porque ella lo dice y los autores lo creen así— que liberta a su víctima en cuanto un falso secretario de Legación le propone ir a dar un atraco a un Banco de Nueva York, atraco que también es, naturalmente, una broma.

(Para esto en Eslava se ha puesto una escena exquisitamente servida y una actriz de la belleza, del talento, de la voz admirable de Pepita Díaz de Artigas, un actor de la gracia y de la seguridad de Collado, y toda una compañía excelente han estado ensayando y molestándose en aprender los papeles.)

Otro hecho: *Morena Clara*, de los señores Quintero y Guillén, en el Cómico.

También una comedia de costumbres actuales. Y Dios quiera que a nadie se le ocurra hacer un estudio de las costumbres burguesas en España en 1935 a través de las comedias aplaudidas en este año. Porque sacaría consecuencias de este tipo: «Las madres de familia eran completamente idiotas.» «Para ser

Biblioteca Nacional de España

fiscal en la Audiencia de Sevilla no hacía falta sentido común.» «Una gitana, por el mero hecho de ser morena-clara, podía hacer cuanto le viniere en gana, aunque fuera del todo absurdo, sin que nadie se lo estorbase.» Si todo esto no fuera verdad, el público —diría el estudioso— no aplaudiría una comedia de costumbres en donde tales proposiciones se demostrasen. Y el público iba... iba y lo celebraba.

Nadie puede negar que los señores Quintero y Guillén son unos comediógrafos en auge: tienen centenares de días sus obras en los carteles, las compañías reponen sus éxitos. Y, sin embargo, su fórmula teatral es bien sencilla. Toman unas dosis de sainete: pintura de tipos populares, principalmente gitanos, que retratan con plasticidad y donosura y espolvorean con ella tres actos formados de un amasijo de trucos viejos ya graciosos, ya sentimentales, donde es inútil buscar lógica ni sensatez. El que se pintaba al comienzo de una manera, resulta que es de otra cuando menos se espera. Un señor nos sorprende saliéndose por un efecto inesperado, y resulta que es que estaba gastando una broma. Hay personajes que uno no sabe para qué salen a escena.

Sobre la salsa del sainete aún tienen los autores otro condimento para hacer pasar el indigesto armazón de sus producciones, la copla puesta en *suite*, es decir, la escena en verso con apoyatura en el procedimiento de copla popular, que consigue una eficacia no desmentida.

El resultado es de una deformidad monstruosa, porque es precisamente lo accidental, lo externo, lo que es exacto en sus personajes y en el trazado de la obra, con desprecio de la verdad profunda, que resulta absurdamente trastornada.

Precisamente la deformación artística es todo lo contrario: alteración de líneas y de accidentes para hacer expresiva al exterior la verdad interna, un modo de espiritualizar la materia haciéndola en absoluto trasparente.

Un ejemplo que puede señalarse en esta manera es *La zapatera prodigiosa*, de García Lorca, acentuada con acierto en la manera como Lola Membrives la pone en el Coliseum, añadida

Biblioteca Nacional de España

de cantos y bailes que le faltaron cuando su estreno hace años en el Español.

Hemos querido detenernos, por su ejemplaridad, en los casos que reseñamos, a los que podríamos añadir como otra tendencia peligrosa y frecuente: la de la influencia cinematográfica, de que puede servir de modelo *El secreto de Lady Kleverson*, amores y negocios, escenarios internacionales (Pepita Díaz, más elegante que nunca), una mayor lógica en los personajes y en la trama y en el final una precipitación inevitable. El Sr. López de Haro, novelista, tiene una mayor prosapia literaria que los anteriormente reseñados. Pero al encauzarse por caminos inspirados en la pantalla tampoco encuentra la clave renovadora.

Preferible resulta, en medio de todo, el eterno Muñoz Seca, del *Ciudadano ejemplar* que en el Benavente reverdece sus éxitos, sin cambio alguno en su manera, de la que todo está ya dicho.

Por fortuna, como ya señalábamos al hablar de *La zapatera prodigiosa*, aún queda quien sostenga en alto el airón de la escena española, y la temporada del Coliseum con sus reposiciones de *Bodas de sangre* y *Teresa de Jesús* hace esperar estrenos importantes. También María Guerrero, apareciendo en Fontalba con *La dama boba*, de Lope, muestra un afán de no hacer desmerecer su ilustre nombre. Porque todo lo demás, como lo ya señalado, sigue en los demás teatros el camino de siempre. Ese sendero de falso realismo, chiste fácil, sensiblería vulgar y trama ramplona que estanca los géneros en una laguna donde poco a poco se corrompe el gusto del público y, huída la imaginación, acaba desecándola el hastío hasta convertirla en un desierto. Un desierto con taquillero, apuntador y acomodadores, de cuya despoblación nadie podrá quejarse.

HUBERTO PEREZ DE LA OSSA

Biblioteca Nacional de España

Exposiciones

FORTUNY Y GARGALLO

Observa agudamente Eugenio D'Ors que los artistas del impresionismo, cuando querían bosquejar mentalmente un cuadro, a guisa de explicación, solían imprimir a la mano un movimiento rotativo en forma de hélice, para dar a entender el concepto que se habían formado de su obra, dibujando en el aire una forma movible: son las «formas que vuelan». En cambio, los modernos, cuando desean dibujar en el aire, modelan una masa imaginaria, con un sentido estático de esquema: son las «formas que pesan, las formas que se mantienen en pie».

Nos hemos encontrado este mes ante dos manifestaciones típicas de estas tendencias: Fortuny, impresionista, pintor, poeta, casi músico, amigo del contorno impreciso, de la innovación de la luz, de lo volátil, es gran ejemplo del primer sentido; Pablo Gargallo, escultor cien por cien, casi arquitecto de volúmenes, es magnífica muestra del segundo.

En una gradación de las artes —Arquitectura y Escultura, Pintura, Danza y Música— los devotos de las «formas que vuelan» estarán siempre más cerca de la Música —de lo poético, en último recurso—, mientras que los que lo sean de las «formas que pesan», se marcharán al bando de la Arquitectura, de la Geometría, en fin.

Las «formas que vuelan».—La incomprensión con que una época suele —no tanto por la tan recalcada falta de perspectiva, como por snobismo— mirar los valores considerados en la anterior indiscutibles va, como es natural, con el paso del tiempo, disminuyendo en lo que se refiere a la segunda mitad del ochocientos. Hasta hace un par de años en que, con motivo del centenario del Romanticismo, se produjo una agradable reacción,

Biblioteca Nacional de España

los jóvenes admiradores del Mantegna, devotos del dibujo y la forma en su sentido helénico, se negaban a dar beligerancia a los que no profesasen en su credo estético, poniendo, en cambio, a la altura del maestro a todo vividor que pintase los tobillos de sus modelos del ancho de la cintura. Claro está que, sin tardar mucho, caeremos en el pecado opuesto, hallando deliciosamente genial al primer dibujante de figurines empolisonados que encontremos.

La reacción de que aquí hablamos —no exenta de snobismo tampoco, por supuesto— coloca en primer plano de lo actual la exposición de dibujos y acuarelas de Fortuny entre la serie de los que, tan oportunamente, ha organizado la Dirección del Museo de Arte Moderno. Fortuny, pintor tan celebrado y glorificado en su época, de quien se hicieron los más apasionados elogios hace cincuenta o sesenta años, estaba hoy olvidado, ignorado por muchos, por pocos comprendido.

Fortuny es lo que se llama vulgarmente «un artista»; «un artista» —la cosa es quizá demasiado sutil para explicada— a la manera típica del siglo XIX postgoyesco: poético, ligero, vibrante, apasionado, con ese concepto del artista que responde a la idea que del tipo se forma lo que con un vocablo, no por muy amplio poco justo, llamamos la *gente*.

Es ya un tópico comparar a Fortuny con Rembrand y con Goya, pero la comparación —salvadas las distancias— es exacta. Como en ellos, el personaje principal de los cuadros es la luz. El parentesco —notable hasta en detalles anecdóticos, pero tan significativos a veces como la indumentaria— es más próximo con el aragonés. Es más, diríamos que toda la pintura de Fortuny tiene su manantial —¡tantos cuadros goyescos son fuentes de pintura moderna!— en «La familia de Carlos IV», del Prado. Dicho se está con esto que Fortuny —romántico— es, como sus dos ángeles guardianes, un barroco, y este barroquismo, como en ellos también —brujas y chisperos en Goya, tiñosos y orientales en Rembrand— se manifiesta en los modelos —niños, majos y árabes— que prefería Fortuny. Siempre lo «impresio-

Biblioteca Nacional de España

nista», lo vibrante, lo exótico, lo vivo, lo impreciso: «las formas que vuelan», no las formas que se mantienen en pie.

Las «formas que pesan».—Pablo Gargallo, «Escultor», decía el catálogo en su portada, y no mentía. Porque es que en Escultura, como en el Arte en general, como en todas las manifestaciones de la vida, olvidamos muy a menudo el inapreciable don, que los españoles tenemos, de distinguir gramaticalmente el *ser* y el *estar*. La mayor parte no son, «están» escultores, como podían «estar» boticarios o viajantes de máquinas de escribir. El verbo *ser* significa esencia, permanencia de cualidades (somos hombres o mujeres, españoles o paraguayos), mientras que el *estar* lleva implícita la idea de transitoriedad (se está bien o mal, sentado o de pie). Por ello, nos parece justísimo en muchas, en casi todas las ocasiones, anunciar: «Esculturas de Fulano de Tal», porque son las esculturas, y no el escultor, lo que destaca en la mayoría de las exposiciones escultóricas... cuando destaca algo.

Gargallo es —era, desgraciadamente— el hombre que ve el volumen, el *bulto* de las cosas: el escultor. Sus obras dan siempre la sensación de que sólo escultóricamente podían haber sido realizadas, es decir, que ni dibujadas ni pintadas hubieran conservado la emoción que tienen así. Son esencialmente «formas que pesan», si dejamos aparte ciertas manifestaciones barrocas, llenas, no obstante, de un profundo sentido del volumen, hasta tal punto, que éste se observa, como en ninguna de sus obras, en aquellas en las que, en un logradísimo alarde, ha escamoteado el relieve, remetiéndolo, esculpiendo *en negativo*, sin que las formas pierdan nada de su corporeidad.

Un aspecto interesantísimo, si no el mejor, al menos el más original, de la obra de Gargallo, son sus forjas, verdaderas caricaturas escultóricas. Pero, entiéndase bien, caricaturas, no por lo que éstas tienen de grotesco, sino por lo que de destacar las líneas, los rasgos más típicos de cada figura, tienen. Recordemos la vibración de su «Profeta», y la gracia clásica de la forja titulada «David».

Biblioteca Nacional de España

Queda aún un aspecto de Gargallo, el mejor, a nuestro entender: lo que pudiéramos llamar *porción clásica* de su obra. Desde luego sobran dedos de una mano para contar los escultores que en España sean capaces de, con la impresionante sencillez de Gargallo, llenar sus obras del ímpetu, de la vida, de la emoción que las de este aragonés tienen. No hay un solo detalle superfluo, y, sin embargo, jamás dan ni los soberbios «torsos», ni las deliciosas terracotas, ni ninguna de las obras de este grupo, la idea de estilizaciones.

Permítasenos destacar el acierto de Gargallo en las figuras caídas o tumbadas: jamás hemos visto reproducida tan acertadamente la impresión de descanso, de relajación de los músculos como en algunas de sus terracotas y, entre ellas —cumbre y resumen de la exposición— la titulada «Baño de sol», llena de una paz, de una expresión, de un movimiento, de una vida pocas veces alcanzadas.

FRANCISCO DE CACERES Y F. DE PEÑALOSA

Conciertos

José Cubiles, profesor de entusiasmo. Por si no tuviese títulos bastantes le añadimos ese. ¿No es muy justo? Captados por su derroche de arte y simpatía, zarandeados, los públicos son suyos, cautivos entre laberintos sonoros de escalas, arpegios y acordes. Sólo o acompañado. Dónde y cómo le place, expone su programa: finos matices de sentimentalidad y sensualidad —Schubert, Debussy—, se cortan por el picoteo sincopado de los sones trasatlánticos de Tasmann, finalizando con la gracia rebolera de Albéniz y Falla.

Chopin: días de conmemoración que el olvido respeta. Cubiles expone facetas —múltiples— del maestro, y da su gran lección ejecutando con la Sinfónica las quebradizas sutilezas pia-

Biblioteca Nacional de España

nísticas del «Concierto en mi menor» op. 11, en cambio, muy pobre de tejido orquestal. Todo, a borbotones, brota del charol del Pleyel con fervor entusiasta. Sus manos tienen acierto de consagrado y emoción de estudioso.

Por primera vez escuchamos las «Cinco danzas gitanas» —segunda serie, a él dedicadas—, de Joaquín Turina. Su nombre equivale a gracia. Y muy fina. Refinada. Romeros marismeños, toreros o gitanos, criaturas de un mundo por él creadas, con almas de luz. Andalucismo... de Andalucía la baja, sorprendida a través del diedro más límpido de su cúbica exactitud: blancura de cal y azul de cielo. En vuelo ¿hacia los Angeles? encuentra las rimas de Bécquer. Envueltas en notas, las deja sobre los labios de una mujer: Lola Rodríguez Aragón, que con buena voz y mejor escuela las cantó, con otras canciones de maestros españoles —abundantísimas en «Ayes»— y de maestros liederistas, alemanes y franceses.

Seguimos en Chopin. Dos recitales de Alejandro Brailowsky: Schumann y Chopin ocupan la casi totalidad de los programas. Lacio de cuerpo y brioso de espíritu, arrebatado y cálido, profundamente romántico son estas versiones lo mejor —en calidad quintaesenciada—, de este aniversario. Sus brazos largos caen sobre el teclado y sacuden racimos de notas: doce estudios, ¿cuál mejor?, valses, mazurcas, polonesas, nocturnos..., todo lo que es arrebatador en el genio polaco; lo que arrebata a los públicos de todas las latitudes. Emoción intensa, humana, entrelazada con las gracias sentimentales de los incomparables pasajes del «Carnaval», de Schumann. Síntesis romántica servida con toda esplendidez.

Difíciles, y tal como fueron pensados y escritos, escuchamos los «Cuadros de una exposición», de Moussorgsky. Teniendo muchas cosas, muy importantes, en su contra: el oído se ha habituado a la audición recamada de timbres de maravilloso efecto en la orquestación de Ravel. Hay cuadros que la piden. Pero Brailowsky sabe mucho de prestidigitación, de transmutaciones de

Biblioteca Nacional de España

unas cosas por otras, y lo mismo sus manos se hacen profesores de orquesta que el piano se hace órgano; como en la «Toccata y Fuga», de Bach-Busoni.

Al señor, el honor. Y ahora el señor es Erich Kleiber, director, que al frente de nuestra Orquesta Filarmónica ha dado dos conciertos en la sala del Capitol. Galas que no olvidará el buen melómano en todos los días de su vida. Kleiber no es un divo. Uno más. Es el director: es Kleiber. Vocación, gesto e inspiración puestos al servicio de la depuración de la obra interpretada. Los temas más recónditos, los compases más confusos, los pasajes más difíciles, son desentrañados, expuestos con nítida claridad, llevados en el prodigio de un ritmo maravilloso. Ritmo y precisión; y lo demás dado por decantado.

Iniciadas por su batuta hemos oído la «Incompleta», de Schubert; la «Quinta», de Beethoven; los ritmos románticos de Tchaikowsky; las arias reposadas de Couperin... y de Falla, «El sombrero de tres picos». Un «Tricornio», ni de aquél, ni de éste, ni nuestro, ni de los demás. Hemos oído, volteado en la vara mágica de Kleiber, «El sombrero de tres picos», el único. Los valores secundarios supeditados a los fundamentales, lo pintoresco a lo que es de categoría universal y ecuménica: la música. Falla, libre de tipicismos y regionalismos. Andaluz y universal.

Por obra y gracia del magnífico director Erich Kleiber. Bien venido. Y feliz haya sido su paso por España.

Llevamos mediado el abono de la Orquesta Sinfónica. En todos los conciertos ha habido estrenos. Buenas intenciones. Promesas. Presentación de alguna obra desconocida en Madrid: tal la «Sinfonía en la menor», de Sibelins, de perfiles indefinidos, casi infinitos, por los que se desliza un tema perpetuo de melancolía; la conmemoración del 250.° aniversario de Haendel con la ejecución del «Concierto grosso en sol menor», y audiciones de las obras que en número crecido forman el fondo de esta orquesta.

Biblioteca Nacional de España

Estrenos: unas «Variaciones sobre un tema vasco», de P. Sorozábal, tránsfuga del sinfonismo a la zarzuela y viceversa. Obra de juventud presuntuosa y de largas dimensiones. Anecdótica y «colorista»: chistus, trenzados, romerías, alpargatas por el aire, etc., etc. Bien ambientadas las danzas de García Lehoz. Y con agrado escuchadas las voces plañideras de Ginebra y los célticos tropeles de la versión orquestal de «Voces de gesta», de Cotapos. Con menos agrado las muestras excesivas de sus incondicionales.

Arbós cedió su puesto en uno de estos conciertos al maestro Inghelbrect, director de la Orquesta Nacional de París. Pulcro, detallista, su «Iberia» tuvo algo de opaca; le escaseó el brillo fulgurante con que la presentan nuestros directores. Su «Sinfonía breve» contiene trozos delicados y, en general —y es lo mejor que de ella se puede decir—, no es «música de director», y no hubiésemos tomado a ofensa no ser invitados a la «Fiesta polonesa», broche de bisutería, que cerró el concierto.

Y para terminar, anotemos brevemente el paso de dos agrupaciones surgidas de los recodos del Don.

Los cosacos de Sergio Jaroff, director habilísimo de espectacular sencillez, se presentaron en el escenario de la Comedia, iniciando el programa con cantos de solemnidades ortodoxas. Pero lo folklórico los invade, la nota local se acentúa con la aparición de unos bailarines...; se hace espectáculo lo que empezó siendo festival.

Más afortunados, los cosacos del conde Platoff se mantienen a lo largo de su programa en los tonos de una liturgia imprecisa, semioriental, casi bárbara, brusca, enérgica en los acentos de Tchernokoff, pasional en el «Requien», de Bakmetier; en los trenos del «Descansad...», de Komulov..., interpretados en un exacto emplazamiento: bajo los anhelos totalizadores de la cúpula de San Francisco el Grande.

José CADIZ

Biblioteca Nacional de España

Tribunas

Prodromos y coronas; combates y premios; tribunas hitos y tribunas meta; de todo ha habido este mes. El P. Zacarías García Villada ha ingresado en la Academia de la Historia y D. Gonzalo Bilbao en la de Bellas Artes, ambos con sendas disertaciones de recipiendarios. El Marqués de Lozoya abre un curso en el Centro de Estudios Universitarios sobre «Ideas Políticas españolas del siglo XIX», y D. Joaquín de Entrambasaguas inicia en el Cabildo Catedral otro ciclo de conferencias sobre Lope de Vega, que prosigue D. Angel González Palencia; don Eloy Montero clausura el curso sobre «Educación familiar» en la Asociación de Padres de Familia, sintetizando las experiencias de su viaje a la Rusia soviética, y D. Ramiro de Maeztu habla en el Centro de Estudios Universitarios sobre el periplo espiritual que le condujo al descubrimiento de la Hispanidad. El P. Enrique Herrera, conocedor especializado en materias docentes, desenvuelve en la F. A. E. las principales cuestiones atañentes al Bachillerato. Y, ¡oh paradoja!, en Renovación Española diserta el doctor Suñer sobre el racionalista Cajal, y en el Centro de Estudios Históricos se celebra una velada conmemorativa del eximio católico D. José María Plans. Señalar la paradoja no es, ni mucho menos, lamentarnos de los hechos. Antes al contrario, lo interpretamos como síntomas de la mutua comprensión que va ganando, afortunadamente, los ambientes extremos de la sociedad española y su acuerdo sobre los valores reales. Don José M.ª Pemán, con la palabra mágica que le caracteriza, presentó en Acción Española, como figura antirrevolucionaria, al Beato Fray Diego José de Cádiz. En Acción Popular expone sabiamente D. Antonio Bremón un concienzudo proyecto de ley de Justicia municipal; D. Vicente Pereda trata en sociólogo y en fino hombre de letras el problema de la

Biblioteca Nacional de España

repoblación forestal en Castilla; el Marqués de Valterra estudia interesantes aspectos sociales de la industria pesquera en España, y D. Enrique Sofía desarrolla, con técnica modernísima, varias facetas de la Economía actual.

Una simple mirada sobre esta florescencia de disertaciones y actos académicos da motivos para concebir una idea bastante alta del nivel que día tras día alcanza la cultura española. Va habiendo densidad, va habiendo calidad, se va asegurando una *élite* social. Quizá, por lo mismo, se vaya ensanchando la zanja dirimente entre las capas sociales de abajo y la clase directora. Por este camino de diversificación, de diferenciación entre el pueblo y la intelectualidad, corre peligro la unidad del espíritu nacional. Si un cataclismo sísmico enterrara a la España de hoy y al cabo de mil años la exhumaran de nuevo, los arqueólogos apreciarían restos de dos culturas distintas, vestigios de barbarie clara y neta y de refinamiento intelectual innegable. Nuestros descubridores caerían fácilmente en el error de creer que entre ambas culturas debían de mediar centenas de años. Todo menos admitir la simultaneidad de unas y otras manifestaciones.

Se impone acortar distancias. El vuelo hacia arriba debe ir seguido de una proporcional elevación del intelecto vulgar. Magníficos los estudios de Historia Eclesiástica del P. García Villada; pero si al pueblo hubiese llegado siquiera una vigésima parte de ese saber, otra sería su estimación de las bibliotecas y los colegios jesuíticos, y nula su fruición en prenderles fuego. Magnífica la sistematización de las ideas políticas de Jovellanos que ha hecho el Marqués de Lozoya; pero esa sutil adentración en la ideología de uno de nuestros más preclaros pensadores coexiste lastimosamente con las más burdas, más soeces, más bestiales concepciones políticas de nuestro pueblo. El tipo de sabio investigador que el doctor Suñer presentó en Ramón y Cajal, y ese otro tipo de santo sabio que en el llorado Plans nos presentaron sus panegiristas Puig Adán, Barinaga y Cabrera, han convivido en España con salvajes y bárbaros de la más pura sangre. Y esto no puede ser, no debe ser. Deberían las sociedades culturales, todas a una, desde la Academia Española

Biblioteca Nacional de España

hasta el último Ateneo provinciano, crear una sección de «colonización interior». Habría que formar en el seno de toda entidad académica, docente y en general literata, equipos de conferenciantes populares para ofrecerlos sistemáticamente a los centros obreros, a las escuelas rurales, a los casinos provincianos, a dondequiera que haya pueblo que escuche y atienda, que, por fortuna, atiende sedientamente en todas partes. Si el Ministerio de Instrucción Pública tuviera conciencia de su propio nombre y sintiera su misión nacional, impondría como cánon a todo centro pagado por él la participación en esta cruzada de levantar el nivel mental y emocional del pueblo. Pero como esperar las cosas buenas de organismos del Estado es esperarlas de la quimera, las instituciones sociales que tan brillantemente actúan en las elevadas esferas del pensamiento deberían organizar *vuelos a ras de tierra*. La clase intelectual directora es el motor; pero, ¿de qué serviría el poderoso vapor sin el sencillo invento de la rueda? Una masa social torpe y encadenada por sus pasiones no puede seguir la trayectoria de la *élite* directiva. De ahí el dualismo trágico que despedaza a España. Los intelectuales deben sentir su responsabilidad y poner sus tribunas al alcance de los oídos del pueblo.

Libros

Tríptico

Tres libros de 1935, tres enfrentamientos con los problemas de nuestros días, tres puntos de vista diversos, para llegar a conclusiones casi idénticas. El doctor Alfred Adler, puesto en español por el doctor F. Oliver Brachfeld, investiga desde un laboratorio psicológico «*El sentido de la Vida*». Salvador de Madariaga, desde el observatorio político-internacional de Ginebra, columbra el dilema «*Anarquía o Jerarquía*», que se plantean a la España actual. Manuel Martínez Aguiar, desde la vorágine

Biblioteca Nacional de España

periodístico-parlamentaria, en que bulle desde hace muchos años, se pregunta alarmado: «*¿A dónde va el Estado español?*».

El libro del psicópata alemán es un libro tan universalista como la ciencia desinteresada que sale de un laboratorio. El libro de Madariaga es una obra hecha por un español europeizado, en contacto con todas las corrientes de la cultura universal de nuestro tiempo.

El libro de Martínez Aguiar es una obra carpetobetónica, donde se discuten problemas y problemitas, personajes y personajillos de la presente España.

Para el doctor Adler, la psicología individualista adquiere hoy un triunfo indudable sobre las tipologías, o psicologías de la colectividad, que hace años dominaban en este campo filosófico. Es una defensa ardua del individuo, de cada individuo, cuyos caracteres personales o personalísimos no pueden nunca fundirse en tipos de serie. No es obra correctamente ortodoxa; ignora el origen de la vida en la tierra; pero en todas las páginas palpita una reacción humana, que, aun en los casos de mayor perversión, conserva sus fueros y puede decir en cada individuo: soy así porque así lo quiero. El doctor Adler discutió mucho con Freud en un círculo de psicólogos, a los que abandonó tan pronto como se quiso hacer jurar a todos los miembros de dicho círculo la infalibilidad de las teorías del maestro vienés.

Con lo dicho se comprenderá que, aunque este libro, «*El sentido de la Vida*», figura en una «Biblioteca de Psicoanálisis y Caracterología», ni el autor ni su obra pertenecen a la grey freudiana.

Nos place componer nuestro tríptico con tal obra, porque es un innegable placer ver cómo del fondo frío del análisis psicológico emerge la defensa del individuo humano, contra las tendencias dominantes en el mundo político, de hacinar a los hombres en comunidad al servicio de una pancomunidad monstruosa.

El autor exalta el valor de la educación, el poder del ambiente para contrarrestar, y aun transformar, debilidades de órganos endocrinos; o sea, que el espíritu puede siempre triunfar de la materia.

Biblioteca Nacional de España

¿Defensa del individualismo? ¡Qué bellos párrafos escribe Salvador de Madariaga en «*Anarquía o Jerarquía*»! Pero el mismo título del libro dirá al lector que, una vez defendidos los principios democrático-liberales, el autor se vuelve hacia una concepción jerárquica, y con un brío y con un entusiasmo, que le hace escribir contra la República española de 1931 los párrafos más agresivos, los argumentos más contundentes que han salido de la pluma de ningún adversario del régimen.

Madariaga llama «beatos de la democracia» a los que quieren a todo trance conservar el fuego sagrado del doceañismo, redivivo en el bienio en que fué ministro el mismo Madariaga.

Claro está que para el autor la catástrofe comienza al terminar el bienio. Entonces es cuando «hemos visto cómo la ambición de unos cuantos; el descuido de todos; la división de los del centro y la intransigencia de los extremos han asestado a España un golpe terrible en su economía, en su moral y en su prestigio exterior, y acabarán por llevarla a la ruina si cuanto antes no se apodera del alma de los españoles una pasión generosa que nos eleve por encima de nuestros prejuicios, ambiciones, impaciencias y malas prácticas, hasta el sentido de nuestra responsabilidad histórica». Pero aunque contradiciéndose, Madariaga acomete un cruel análisis de todos los principios que inspiraron la política anterior al estallido de la revolución, y fuera del campo de los principios ataca casi una por una todas las medidas de gobierno que fueron tomadas en enseñanza, en sociología, en política religiosa durante aquellos dos años. «El error más grave de la República del 14 de abril fué su política religiosa. Dos son los hechos, a mi parecer, fundamentales, y que ningún gobernante español puede olvidar: el primero es que la descatolización de España es casi nula en las mujeres y sólo superficial y escasa en los hombres, de modo que todavía, durante mucho tiempo, España seguirá siendo una nación católica, quizá la más católica del mundo; el segundo, que los defectos de la Iglesia española, y en particular la incultura de la masa que bajo su manto se cobija, se deben no a ser católica, sino a ser española, es decir, a que la Iglesia católica española,

Biblioteca Nacional de España

un tiempo cumbre, con España, de la cultura religiosa, ha acompañado al resto de España en su decadencia e incultura. Cuando se piensa en el tesoro incalculable de cultura católica que España ha producido, comparable en arquitectura, pintura y música al de las más grandes potencias europeas, incomparablemente superior en lírica, teatro y música, y cuando se contempla el total abandono en que yace, estéril e inútil, jamás aprovechado por la Iglesia para ejercer sobre sus fieles el influjo que es su deber y su derecho alcanzar, la pena es grande; pero no es menor la pena que da pensar en lo que son y en lo que debieron ser el teatro, el Ejército, la Marina y la Diplomacia en la patria de Lope, de Hernán Cortés, de Alvaro de Bazán y de Hurtado de Mendoza». ¡Muy bien dicho!

Puntos de vista tan sesudos como los que acabamos de ver pueblan el denso libro de Madariaga; pero omitimos la cita de innumerables páginas como las transcritas. Hemos de fijarnos en el objetivo principal de la obra, que consta en el subtítulo de la misma: «Ideario para la Constitución de la Tercera República Española». En resumen, una armonización democrática-fascista, con marcadas tendencias al carpetazo definitivo de las supersticiones liberales siglo XIX. Una amplísima proposición revisionista de la Constitución, que habrá que estudiar en su momento.

Y pasamos al libro de Martínez Aguiar. También tiene subtítulo este libro: «*Rebelión Socialista y Separatista de* 1934». Esta es la ocasión que pone la pluma en mano del autor. Nacido en la Habana, la herencia, el sentimiento y la educación, como él dice, creó su españolismo acendrado tanto como su religiosidad.

El repaso que este hombre da a los principales problemas que España tiene hasta ahora planteados es amplio y profundo a la vez. Con qué certera mirada penetra los hombres y las situaciones nos lo va a demostrar el retrato que hace de Gil Robles:

«El más brillante de todos estos obreros que en las doctrinas del catolicismo y en las raíces de la tradición española bus-

Biblioteca Nacional de España

caban las normas de actuación para unas fuerzas conservadoras que no renunciaban a marchar con los tiempos, ha sido Gil Robles.

Su aparición en la política española fué saludada con escepticismo. Se le suponía eco de otras voces, sin personalidad propia, sin genio político, en suma. El gran público sólo sabía de él que era un joven catedrático y un periodista especializado en los temas de Derecho Municipal. Los envanecidos hombres de las Constituyentes le miraban con evidente desdén. Hasta que sus intervenciones, constantes y acertadas, sus campañas de propaganda, que levantaron a España, fueron perfilando una silueta de estadista.

Lo que Gil Robles ha logrado para la causa de la conservación social y para los intereses vinculados a los partidos de derecha puede, hasta hoy, parecer poco. Si se prescinde de la correlación de las fuerzas existentes y se atiene uno meramente a su personal deseo, es claro que ha debido obtenerse mucho más. Pero los cuatro años últimos han estado excesivamente cargados de historia y de peligros para que nosotros olvidemos las etapas que ha sido preciso recorrer. Y al evocarlas se nos aparece fatalmente como fondo de una figura que las llenó todas: José María Gil Robles.

Nos imaginamos la capacidad de maniobra y de visión política que ha sido preciso poseer para llegar a que unos amigos suyos sean hoy ministros y él mismo se nos aparezca a nosotros y al país como jefe indiscutible de un Gobierno cuando entienda que la sazón política es llegada.»

He aquí un tríptico vario y al mismo tiempo coesivo en su misma diversidad: Un médico alemán, un pensador internacional, un veterano publicista español, desde los más opuestos puntos de vista vienen a coincidir en las mismas condenaciones y en los mismos anhelos de un modo de gobierno mejor. Y para ser mejor, dicho se está que tiene que ser completamente contrario del actual.

M. H. G.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

A nuestros suscriptores:

Se han recibido en nuestras oficinas varias suscripciones acompañadas del importe, pero con deficiente dirección, por lo cual rogamos a las personas que no hayan recibido la Revista se sirvan comunicarnos las señas exactas a que debemos enviársela.

Biblioteca Nacional de España